

URTEGA

# RECONSTRUIR

## Editorial

Una honrosa misión.

**Jacobo Prince**

La distorsión de valores sociales y el mito peronista

**Theodore Draper**

Los orígenes de la crisis dominicana

**Damián Barreda**

Arte actual y mistificación

**Dr. Angel J. Cappelletti**

Saint-Simon y la explicación clasista de la historia

**Miguel Angel Angueira Miranda**

Proudhon y la constitución del valor por el método cooperativo

**Antonio Casanova**

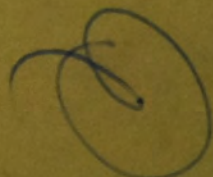
Calendario. Vigésimo primer aniversario de la liberación de París

**La Letra Viva**

Autores varios

# 37

**JULIO  
AGOSTO**





# RECONSTRUIR

revista libertaria  
aparece bimestralmente

Buenos Aires  
Julio - Agosto de 1963

Editor responsable:  
Fernando Quesada

Administrador:  
Roberto Cúneo

Consejo de redacción:  
Gerardo Andújar  
Luis Danussi  
Jacobo Prince  
Fernando Quesada

RECONSTRUIR es una publicación amplia, tanto en sus inquietudes sociales como en el criterio que aplica para la selección de los materiales que contiene. Por lo tanto, no comparte necesariamente las opiniones vertidas en ellos.

Suscripciones  
simples:  
República Argentina  
anual m\$n. 300.—

Otros países  
anual u\$s. 3.—

de apoyo:  
República Argentina  
anual m\$n. 500.—

Otros países  
anual u\$s. 5.—

números atrasados:  
m\$n. 100.— cada uno.

Valores y giros:

Editorial Reconstruir  
Casilla de Correo 320  
Buenos Aires  
Argentina

Registro Nacional de la Propiedad  
Intelectual N° 745.231

Impreso en  
Artes Gráficas Negri  
Chacabuco 1038

Editorial

## Una honrosa misión

Así como en el tratamiento de una enfermedad se gradúa la dosis terapéutica según la intensidad del mal que se ataca, nuestra sociedad enferma de autoritarismo agudo reclama acrecentar la acción defensiva de cuanto le es vital: el respeto de los derechos del individuo, el libre desarrollo de su personalidad, la posibilidad de perfeccionar las condiciones de su propia existencia.

Cuando, como en nuestro tiempo, una tecnificación superlativa tiende a convertir al hombre en ínfimo accesorio de la automatización y en indefenso juguete de la propaganda planificada, resulta más necesario que nunca buscar y encontrar recursos para rescatarlo espiritualmente e invertir los términos en su beneficio y el de la sociedad toda.

El culto del poder, la amenaza del totalitarismo, el proceso de masificación, precisamente cuando son sumamente limitadas las fuerzas y corrientes de opinión capaces de enfrentarlos, obligan a multiplicar esfuerzos para corregir tal desequilibrio y hacer prevalecer con todos sus alcances el sentido de la dignidad humana.

Arrastradas por la inercia, movidas por ambiciones, interesadas en mantener estructuras caducas, adueñadas de organizaciones hondamente viciadas, aferradas a fórmulas absolutistas, actúan entidades políticas, sindicales, estudiantiles, etc., que nutren los cauces de las corrientes negativas y favorecen su infiltración en todos los ámbitos.

En tales circunstancias, los libertarios asumen la misión de demostrar mediante su prédica y su actividad que es indispensable no medir sacrificios para combatir tales corrientes en cualquier lugar y forma en que se manifiesten, y que es posible concretar iniciativas y experiencias que valoricen los principios de libertad, justicia y progreso que configuran su ideario y dan impulso a su militancia.

Esa prédica y actividad encuentran, desde ya, serias dificultades, tales como la desproporción numérica entre quienes deben realizarlas y sus destinatarios, la pobreza de medios económicos, la tendencia al menor esfuerzo que gravita en la gente desacostumbrada a pensar y obrar por sí misma.

Ciertamente, sería deseable contar con mayores posibilidades inmediatas que las ahora existentes. Pero está demostrado que la palabra y la acción de pocos puede animar nuevas voluntades, despejar muchas confusiones, poner en marcha tareas que sirven como centros de interés y estímulo, crear un clima propicio al estudio, al trabajo responsable, a la ejercitación invalorable de la solidaridad.

Existen, por otra parte, y en extensión a veces insospechada, condiciones que coadyuvan a facilitar la empresa. Son muchos los que, sin

# RECONSTRUIR REVISTA LIBERTARIA

Nº. 37 — Julio - Agosto de 1963 — Buenos Aires



saberlo, se identifican con nosotros, piensan y actúan con verdadero espíritu libertario; muchos más esperan la presencia catalizadora de personas o grupos que promuevan la reacción psicológica necesaria en los ambientes en que se desenvuelven.

No ignoramos que uno de los escollos más difíciles radica en el pesimismo que abrumba y paraliza a quienes miden las posibilidades a través del prisma no siempre claro de ciertos sociólogos y psicólogos de gabinete, cuyas interpretaciones y deducciones no invitan a luchar contra una realidad que consideran tremenda, sin señalar cómo se la puede remediar o siquiera aliviar.

A pesar del cúmulo de factores que intervienen en el proceso histórico, la voluntad humana juega un papel fundamental en la génesis de las condiciones presentes y futuras de un sector social, de un pueblo, de un conjunto de pueblos, de la humanidad. Esa voluntad puede ser movida por la necesidad más perentoria, por el sentimiento de justicia, por el afán de libertad, por una imponderable sumatoria de elementos racionales y pasionales. Se trata de dinamizar esa voluntad en servicio del perfeccionamiento individual y social.

El motor de ese perfeccionamiento, y de todo progreso verdadero, a nuestro juicio, sólo puede estar en el concepto de que la vida del hombre será digna en la medida que estén asegurados su libertad, su bienestar, su armoniosa convivencia con sus semejantes. Esa convicción orienta la actividad libertaria, la distingue frente a las concepciones que defienden o proponen sistemas basados en el privilegio económico y en el poder opresivo: capitalismo, estatismo, dictaduras, todas las variantes del totalitarismo.

Si el testimonio de la historia y de la realidad de nuestros días tiene algún significado, no cabe duda que la era maravillosa pero terriblemente amenazante de la energía nuclear, la electrónica, la cibernética, la astronáutica y demás prodigios científicos y tecnológicos, a la que podemos también caracterizar como la era del autoritarismo y del peligro totalitario, justifica las afirmaciones y prevenciones básicas del pensamiento libertario y convalida la vigencia de su crítica social y de sus postulaciones constructivas.

Ninguna misión resulta más honrosa que procurar la más amplia difusión de ese pensamiento y su proyección en realizaciones positivas, aspectos ambos a los que hemos venido y continuaremos dando especial preferencia en las páginas de la revista. La seguridad de que esa contribución al esclarecimiento y la solución de los graves y complejos problemas actuales sumará a nuestro empeño más voluntades, es el mejor acicate para perseverar en el esfuerzo. Pero, por encima de todo, de las dificultades y de los resultados que puedan apreciarse, un insoslayable deber de conciencia exige estar permanentemente en la brega.

## La distorsión de valores sociales y el mito peronista

Por Jacobo Prince

Vivimos un tiempo que se caracteriza por una serie de cambios o mutaciones que se suceden con ritmo acelerado, por momentos vertiginoso. Ello ocurre no sólo en la esfera de lo científico y tecnológico —donde la descripción escueta de los logros alcanzados suele confundirse con los que imaginaron los inventores de la llamada ciencia-ficción o fantaciencia— sino también en el terreno más complejo y el fondo menos controlable, a pesar de la abundancia de planificadores, de la vida social.

Tenemos así que en los últimos veinte han surgido a la vida nacional alrededor de treinta pueblos cuya existencia era prácticamente desconocida, ya que trascurría bajo una borrosa denominación colonial, que equivalía a existir de hecho en una especie de prehistoria. Esos pueblos, afroasiáticos en su casi totalidad, a los que se incluye en un conglomerado convencionalmente designado como "tercer mundo", están lejos de haber logrado su plena independencia, en lo que ésta significa verdadera autodeterminación y más aún de haber alcanzado un nivel de vida y de cultura semejante al de los viejos países de avanzado desarrollo. En muchos casos esa independencia y la tan exaltada soberanía, en aras de la cual vertieron a veces ríos de sangre, se ha limitado a cambiar de amos. En lugar de ser explotados por los colonialistas blancos, lo son por miembros de una nueva clase dirigente, que tienen su mismo color de piel. No obstante, el solo hecho de que en el seno de esos pueblos se plantee como cosa inmediata cuestiones tales como independencia, libertad, desarrollo, mejor nivel de vida, significa un gran paso hacia adelante, el augurio de futuras realizaciones positivas, aun cuando las etapas que aun tengan que recorrer sean difíciles, contradictorias y llenas de acechanzas.

Algo semejante, en un más avanzado grado de desarrollo, ha ocurrido y está ocurriendo con nuestros pueblos latinoamericanos. Esa parte del hemisferio occidental se halla en el primer plano de las conmociones políticas y sociales de la actualidad mundial. Una parte considerable de su población, cuya tasa de crecimiento llega a un nivel alarmante, vive aun en condiciones miserables, infrahumanas. El déficit de viviendas, de escuelas, de establecimientos sanitarios y de otros servicios esenciales en una comunidad moderna, ofrece ciertamente un cuadro pavoroso, al cual corresponde un estado de inestabilidad política y de inquietud social, que no siempre se plasman en innovaciones político-sociales de carácter positivo. Antes bien es muy frecuente que la legítima inquietud y el justo descontento que mueve a las masas sumergidas de estos pueblos, sean utilizados como trampolines que llevan al poder a turbios aventureros, cuya única sabiduría consiste en la capacidad de medrar política —y también económicamente— explotando la miseria, la ignorancia y el espíritu gregario de una gran parte de sus conciudadanos.

A pesar de todo eso, incluyendo en ello el efecto retardatario de esa generalizada actitud demagógica, estos pueblos han progresado apreciablemente en los últimos tres o cuatro decenios y siguen progresando,



en cuanto a una mayor elevación de su nivel de vida, aunque en ninguna parte ello ocurre con un ritmo adecuado a las grandes necesidades insatisfechas y a los apremiantes anhelos de mejoramiento que impulsan a sus ingentes masas desheredadas. Si en estos momentos los problemas sociales parecen más agudos es porque además de la llamada explosión demográfica que incide a darles ese carácter, hay en esa multitud de desheredados un mayor grado de conciencia en cuanto a sus derechos de vida digna, un mayor, aunque todavía oscuro espíritu de rebeldía, que choca violentamente contra instituciones y privilegios caducos y el reaccionario inmovilismo de las clases dirigentes que pretenden mantener a toda costa el *status quo* a fin de seguir disfrutando de esos privilegios. El progreso social, en la medida en que se produce y consolida sus conquistas, significa necesariamente una ruptura de la inmovilidad, una cierta violación de las normas consagradas. Lo cual puede ocurrir, tanto por una revolución violenta como por una serie de cambios sucesivos y graduales, en cuya gestación existe siempre un espíritu renovador, un hondo afán de justicia, en definitiva, una voluntad revolucionaria, aunque no siempre los protagonistas y realizadores de esos cambios sociales estén animados por una conciencia igualmente revolucionaria. Por lo demás ese progreso —la experiencia inmediata lo demuestra— pocas veces resulta continuo, rectilíneo, integral. Hay cambios y conquistas que siendo en general de consecuencias benéficas para la mayoría, comportan fenómenos sociales negativos. La condenación y el desplazamiento de viejos privilegios, sobre todo si ello se cumple a través de resortes estatales, suele traer aparejada la creación de nuevos privilegios y un género inédito de parasitismo. Junto o tras los auténticos revolucionarios o reformadores, están los demagogos y oportunistas que utilizaron los esquemas ideológicos de transformación para fines egoístas y claramente reaccionarios. Después de varias generaciones de militantes sinceros y abnegados, vienen los acomodaticios y los nuevos conformistas, hábiles en el manejo de fórmulas que alguna vez fueron revolucionarias y que, despojadas de contenido sustancial, siguen teniendo resonancia en el espíritu de las multitudes. Todo eso debe ser descontado y admitido por los auténticos propulsores del progreso social, no ya como una fatalidad negativa, sino como una contingencia de la lucha, que es necesario afrontar y superar con criterio realista y consecuente afirmación de los valores esenciales de la sociabilidad humana. A la hora actual no se justifica ningún mesianismo, ni es admisible anunciar una revolución perfecta a la vuelta de unos cuantos años. Pero tampoco se justifica enrolarse en el oportunismo pseudo revolucionario que está de moda, ni apoyar cualquier tipo de inmovilismo, a título de mal menor.

\* \* \*

Esta compleja situación, resultante de cambios en parte positivos y en parte negativos, donde las conquistas sociales tienen como contrapartida una mayor pasividad de las masas movilizadas en principio para lograr tales conquistas y donde vigorosos brotes de rebeldía suelen compaginarse con la exaltación de dictaduras providenciales, caracteriza el actual momento político-social argentino, semejante al que viven muchos otros pueblos de un menor grado de cultura popular y de un historial de luchas mucho más pobre.

Cabe señalar a ese respecto un hecho en cierto modo desconcertante. Muchas personas, jóvenes, y otras que no lo son tanto, que por diversos

motivos se dedican al estudio y el manejo de cuestiones sociales, parece haber *descubierto* últimamente que el advenimiento de los sectores obreros y populares a cierto nivel de dignidad y de conquistas sustanciales se ha producido en este país desde los años 1943 ó 1945, o sea a partir de una etapa que en realidad corresponde a un proceso de inhibición, distorsión y enajenación del movimiento obrero, en tanto que fuerza autónoma, determinante de sus propios objetivos.

Hay en base de este enfoque erróneo —en la medida en que se trata de esto y no de un una afirmación tendenciosa— un craso desconocimiento de la trayectoria histórica seguida por el movimiento obrero argentino a lo largo de ocho décadas así como de la decisiva influencia que el mismo ha tenido en la promulgación y realización de reformas sociales, requisito indispensable para el hoy tan pregonado desarrollo. Desconocimiento que no significa pura y simple ignorancia, sino expresión de una mentalidad exageradamente legalista, estatólatra, que tiende a considerar los acontecimientos sociales, no ya en su laboriosa gestación que surge de las entrañas profundas de la sociedad, sino a través de las formulaciones externas y a menudo engañosas de los decretos, las leyes o las reglamentaciones, dictados por ocasionales gobernantes. Así, cuando se trata por ejemplo de mejoras obreras como la limitación de la jornada de labor, el establecimiento de condiciones de salubridad en los lugares de trabajo, la indemnización por despido, etc., los individuos afectados por esa mentalidad legalista —y tanto peor si son de formación académica— tienden a considerar el establecimiento de tales reformas exclusivamente como fruto de una sanción legislativa, es decir estatal. En la práctica ello equivale a adjudicar el mérito de las reformas sociales a ciertos partidos, gobernantes o legisladores que en determinado momento presentaron un proyecto, promovieron su sanción parlamentaria, lo promulgaron y se encargaron de darle vigencia. Es el punto de vista de los *oficialistas* de la historia que desconocen o no tienen en cuenta los grandes movimientos populares, las cruentas luchas y los sacrificios de todo género mediante los cuales generaciones de trabajadores y de revolucionarios idealistas lograron abrir brechas en el muro de egoísmos de las clases privilegiadas, hasta hacer factible la sanción legal de una parte de las reivindicaciones en pos de las cuales aquellos movimientos se pusieron en marcha. Los verdaderos factores propulsores del progreso social han sido esos oscuros luchadores proletarios, esos “exaltados” idealistas, esos pacientes y abnegados organizadores sindicales que los historiadores académicos subestiman y que los políticos demagogos ignoran intencionalmente. Agreguemos, para no incurrir en parcialidad, que otros factores importantísimos en la realización de mejoras sociales lo constituye, por un lado, el progreso tecnológico, que al aumentar considerablemente la productividad posibilita una mejor remuneración del esfuerzo humano, y por el otro, la difusión de las ideas de justicia y de solidaridad que de un modo o de otro penetran en todas las capas de la sociedad, haciendo que el torpe y agresivo egoísmo característico de la burguesía “liberal” de otros tiempos, aparezca como algo vergonzoso, anacrónico, e incluso... antieconómico.

Siendo como es absurdo atribuir las manifestaciones concretas del progreso social a las funciones de un cuerpo legislativo o de un equipo gobernante, constituye una verdadera aberración atribuir el mérito de tales conquistas a la acción de caudillos providenciales que sólo han desarrollado la capacidad necesaria para sugestionar a las masas.



Incurren en esa aberración quienes de un modo o de otro adjudican al régimen dictatorial iniciado por las "revoluciones" de 1943 y 1945, el haber promovido la *integración* de las clases populares en la sociedad, por el hecho de haber *oficializado* algunas reivindicaciones obreras por las cuales el movimiento obrero, auténtico, autodeterminado, surgido de la conciencia y la voluntad solidaria de los trabajadores había estado luchando empeñosamente durante largos decenios.

No es aquí sólo una cuestión de apreciación errónea de un proceso histórico que ha producido ciertas modificaciones positivas en las relaciones sociales, sino una monstruosa distorsión de los factores vitales que han determinado ese proceso. Y las consecuencias prácticas, inmediatas, de tal actitud equivalen a la legitimación de tendencias política y socialmente regresivas o sea a la negación de los grandes objetivos de justicia y libertad.

En concreto, se trata de lo siguiente. Desde las últimas décadas del siglo pasado, el naciente movimiento obrero argentino, animado por militantes llegados del viejo mundo, pero cuyas ideas de reivindicación social hallaron aquí plena justificación y ambiente propicio, había empezado la dura lucha por el reconocimiento de los derechos elementales de los trabajadores. Era la "edad de oro" del liberalismo burgués, en nombre de cuyos postulados la clase patronal denunciaba como frutos de ideas "subversivas" y "foráneas" todo intento de los trabajadores de organizarse sindicalmente y de exigir mejores condiciones de trabajo y de salario. Era cuando las policías bravas, lo mismo en la capital federal que en las provincias, se dedicaban sistemáticamente a la persecución de los militantes que incurrían en semejante herejía, y cuando esclarecidos y muy "liberales" legisladores, hombres de letras y voceros de cierta opinión pública, respaldaban esa persecución, mediante sus diatribas contra los llamados agitadores profesionales que a costa de sacrificios y privaciones organizaron y consolidaron los primeros sindicatos obreros. Y también mediante una serie de leyes represivas que permitían encarcelar, procesar y deportar a quienes venían a plantear en este país una *exótica* cuestión social.

Tuvieron que trascurrir unos treinta años de lucha intensa, a veces cruenta y dramática para que los grupos rectores de la sociedad, gobernantes, legisladores, hacedores de la opinión pública, cayeran en la cuenta que también aquí, en este rico y casi despoblado país había apremiantes problemas sociales, que los reclamos obreros no eran un artificio de agitadores foráneos y que aquellos problemas no se resolvían con leyes represivas y brutalidad policial. Como signo del cambio de enfoque que llegó a producirse en los medios de formación intelectual respecto a estas cuestiones, cabe señalar dos tipos de actitud totalmente opuestos, protagonizados por grupos de la misma extracción social. En mayo de 1910, con motivo de celebrarse el centenario de la revolución nacional, hubo en Buenos Aires un verdadero desborde de chauvinismo y de represión antiobrero; y fueron nutridas columnas de estudiantes quienes más se destacaron en una "acción directa" de depredación y saqueo de locales y publicaciones de izquierda. Menos de diez años después, al surgir la Reforma Universitaria, fueron estudiantes quienes con lírico acento expresaron su solidaridad con los trabajadores.

Una nueva conciencia social había madurado en el país, haciendo posible la *integración* en la sociedad de los sectores postergados. El mo-

vimiento obrero se había desarrollado vigorosamente y los sindicatos, creados desde la base por los propios trabajadores, no sólo fueron organizaciones de *resistencia* y de conquistas gremiales, sino también verdaderos centros de formación intelectual para millares de trabajadores que apenas habían podido frecuentar los primeros grados de la escuela primaria. Obviamente ello ha contribuido eficazmente a elevar el nivel cultural de las masas populares y a conferirles una conciencia de dignidad, tanto más firme cuanto se debía al propio esfuerzo, canalizado a través de organizaciones libres y voluntarias.

Es así como alrededor de la década del 20, el movimiento obrero había dejado de ser para cierta *opinión pública* una creación de agitadores, convirtiéndose en un factor reconocido en la vida nacional y en centro de interés para legisladores, políticos y profesores de derecho. Tal como había ocurrido en otras partes, primero fueron la lucha, la acción directa, la organización de los trabajadores, chocando contra el inmovilismo conservador y la actitud represiva de las clases privilegiadas. Luego vino el reconocimiento legal, la admisión del movimiento obrero como expresión legítima de las necesidades y las aspiraciones de un vasto sector de la población, la progresiva *institucionalización* de dicho movimiento. Junto con esto apareció la intromisión estatal y la especulación político-partidista con las reivindicaciones obreras. En el período heroico del sindicalismo, éste había cuidado celosamente su independencia, manteniéndose siempre en guardia contra toda pretensión de ser utilizado para fines políticos. Incluso los militantes obreros pertenecientes a un partido definido —el socialismo— hubieron de respetar en la mayoría de los casos las normas admitidas de autodeterminación sindical y de prescindencia de tutela política. La violación de tales normas no dejó de producir en algunas oportunidades divisiones y conflictos, pero jamás se admitió que la intromisión partidista o estatal fuera cosa natural o correcta. Al producirse la legalización del movimiento y al advenir éste en cierto modo lo que ahora se define como un grupo de presión o un factor de poder, aparecieron políticos y gobernantes de diversos colores que descubrieron en él un medio de proselitismo, de influencia electoral y de encumbramiento. Surgió así el paternalismo obrerista de los funcionarios y de los dirigentes que años atrás no se daban por enterados de la existencia de tal movimiento o que lo combatían como fenómeno perturbador. Ese cambio de actitud se manifestó inicialmente durante la primera presidencia de Yrigoyen (1916-1922) y a través de algunos caudillos provinciales, como Lencinas en Mendoza y los demócratas progresistas en Santa Fe. La legislación obrera, consagración formal, a menudo ficticia, de demandas proletarias duramente combatidas antes, se convirtió en terreno propicio para la actividad de diversos grupos políticos ansiosos de prestigio. Claro es que en definitiva el conjunto de los trabajadores salieron beneficiados al abrirse ante ellos una vía menos áspera para la obtención de mejoras inmediatas, pero muchos se percataron que esta posibilidad de conquistas legalizadas no se debía a la mayor magnanimidad de los nuevos dirigentes políticos, sino a la presión ejercida a través de varias décadas de heroica lucha directa y al cambio general de mentalidad en materia de problemas sociales. Por otra parte, es indudable que ese proceso de legalización e institucionalización del movimiento obrero, contribuyó a acelerar el proceso de dirección centralista y burocrática



del mismo, preparando así las condiciones para su posterior sumisión al estatismo. Era el clásico aspecto negativo de un movimiento que había postulado e impuesto mejoras sociales, intrínsecamente positivas.

Otra factor que contribuyó a desarticular el movimiento de reivindicaciones obreras, en el caso de la experiencia argentina, fue el largo período de reacción y de persecuciones sistemáticas que el mismo sufrió a partir del golpe militar-conservador consumado por el general Uriburu en setiembre de 1930. Desde entonces hasta el cuartelazo de junio de 1943, que abrió el camino para el encumbramiento de Perón y la creación del peronismo, todos los resortes represivos del Estado estuvieron concentrados en la tarea de dismantelar el movimiento obrero, eliminar a sus militantes más abnegados y anular las conquistas sociales. El estado de sitio casi permanente convirtió a la policía en árbitro supremo de las libertades públicas y de los derechos elementales, especialmente los de reunión, asociación y de expresión del pensamiento. Millares de trabajadores pasaron por las cárceles, bajo la acusación de "asociación ilícita", referida en ese caso a los que pertenecían a sindicatos de la Federación Obrera Regional Argentina o bajo otros cargos arbitrarios; centenares de ellos fueron deportados y una permanente y amenazadora vigilancia policial controlaba las actividades sindicales. Todo eso, agregado a los largos años de crisis económica, con su secuela de desempleo, suscitó en los medios obreros un espíritu de frustración y desaliento sin precedentes en las luchas proletarias argentinas.

Al promediar 1943, a cuatro años de iniciada la segunda guerra mundial, el país se estaba recuperando económicamente, en su condición de gran productor de alimentos y materias primas y a través de un proceso de industrialización forzado por las circunstancias. Mientras se acumulaban las divisas y los lingotes de oro que luego vendrían a llenar las cajas y los pasillos de nuestros bancos oficiales, en pago de esas mercancías enviadas a ultramar, gran parte de los productores de esa riqueza, mal pagados y sin perspectivas en su terruño, "emigraron" a la gran capital y sus alrededores, atraídos por los jornales de los reactivados establecimientos industriales, que sin ser espléndidos, les permitía un nivel de vida superior al que habían conocido en el campo. Se formó así un nuevo proletariado industrial, *neourbano*, con escasa o ninguna conexión con el tradicional movimiento obrero argentino y sin que las organizaciones representativas de este movimiento, raleadas y dismanteladas como se encontraban, pudieran asimilar y educar en su metodología sindical a la gran masa de los recién llegados.

En tales circunstancias se produce el advenimiento del peronismo, con todo su despliegue de recursos de captación cuya eficacia había sido probada en los movimientos totalitarios de otros países. Ideológica y socialmente, el grupo de militares que participó en el cuartelazo de junio y que copó en seguida la dirección de los acontecimientos, no difería mucho de los que habían estado con el golpe de Uriburu. Como que el propio Perón había actuado en este último. Unos y otros eran de mentalidad fascista y tenían una desmedida ambición de poder. Solo que ahora había que utilizar a ese efecto otros procedimientos. La simple brutalidad policíaca y los palos de ciego, característicos de la reacción uriburista, eran métodos obsoletos. La nueva técnica de conquista del poder totalitario aconsejaba utilizar, convenientemente dosificados, la acción represiva junto con los halagos demagógicos y las dádivas osten-

tosas. En suma, una síntesis de violencia y corrupción. Corrupción en la que cayeron ingenuamente sectores inmaduros del proletariado a los que se hacía confundir legítimas conquistas sociales, con las dádivas generosamente otorgadas por el líder supremo. Corrupción que aceptaban a conciencia los dirigentes políticos y gremiales, ansiosos de ser sobornados y que en pago de su adhesión al dictador, que implicaba el arrastre de las masas arrebañadas por cada uno de ellos, llegaron a ser diputados, senadores, ministros, poderosos financistas apresurados. Corrupción que atraía igualmente a individuos ambiciosos, sin militancia anterior, con "capacidad de mando" que de pronto pasaban de su oscuro trabajo en la fábricas a los altos estratos de la burocracia estatal o sindical. Ese conjunto de elementos heterogéneos, salidos del proletariado, y de las clases medias, tráfugas casi todos de distintos partidos e ideologías, integró las capas jerárquicas, los estados mayores del peronismo.

La pretendida elevación social de las clases desheredadas, la llamada integración de las mismas en la sociedad, se reducía a esa lamentable regimentación de los trabajadores en una estructura vertical regida por un jefe carismático. Las organizaciones sindicales, otrora centros de capacitación y de lucha consciente, se convirtieron en engranajes burocráticos transmisores de órdenes. Servían lo mismo para desatar paros que para romper las auténticas huelgas obreras que se producían contra la voluntad de los jefes o para hacer encarcelar o expulsar del trabajo a los militantes dignos. Y por cierto que el aparato represivo a cargo de una policía omnímoda y de un aparato de espionaje de magnitud sin precedentes, se descargaba lo mismo sobre los que fueron opositores al régimen desde el primer momento, que sobre sus secuaces caídos en desgracia, sobre el ingenuo creyente que, siendo obrero, entendía conservar su dignidad personal y su conciencia de clase y se rebelaba contra órdenes que vulneraban ambas cosas.

Nos estamos refiriendo a un proceso de distorsión de valores sociales y de conceptos ideológicos que empezó hace veinte años, que fue interrumpido temporalmente, y sólo en parte, diez años atrás con el derrocamiento de Perón y que desde algún tiempo vuelve a desarrollarse con caracteres singulares, nada auspiciosos para un verdadero progreso político y social. Es una distorsión en que incurren diversos grupos que siempre se han considerado y se dicen democráticos o izquierdistas, socializantes, comunizantes, los que descubren de pronto su identificación con el peronismo, de esencia fascizante, al que atribuyen las virtudes que cada uno considera desde su punto de vista más estimables. Dejando de lado las afinidades lógicas entre los sectores de formación totalitaria, que les hace coincidir en los métodos políticos, aun cuando luchen entre sí por rivalidad de ambiciones, cabe admitir que la complacencia que otros grupos no totalitarios manifiestan hacia el peronismo se debe principalmente a que éste se ha convertido en un mito susceptible de ser utilizado para fines electorales. El oportunismo y el amoralismo político tan en boga en ciertos ambientes, explicarían suficientemente esa equívoca complacencia. Pero sean cuales fueren los móviles que inducen a esos grupos a explotar el mito peronista y a distorsionar hechos históricos recientes, así como valores permanentes de la sociabilidad humana, es indudable que objetivamente trabajan en favor de tendencias regresivas, puesto que crean condiciones propicias para aventuras totalitarias.



# Los orígenes de la crisis dominicana

Por Theodore Draper

Cuando en septiembre de 1963 fue derrocado el presidente de la república dominicana, Juan Bosch, el presidente Kennedy manifestó su desaprobación ante el golpe de Estado militar, rompió las relaciones diplomáticas con el nuevo gobierno dominicano, que se había nombrado a sí mismo, suspendió la ayuda económica y militar y retiró de Santo Domingo el personal norteamericano. Aunque las relaciones económicas se reanudaron tres meses después, Bosch no se quejó de la falta de solidaridad por parte del gobierno yanqui. Por el contrario, recordó que el embajador, John Bartlow Martin, le había ofrecido pedir ayuda al portavoz *Boxer* para disuadir de su empresa a los conspiradores militares. Pero Bosch no quiso deber su supervivencia política a una exhibición de fuerza de Estados Unidos en aguas dominicanas, y declinó el ofrecimiento.

El 2 de mayo último, durante la crisis actual, el presidente Johnson declaró que la sublevación en favor de Bosch había empezado "como una revolución democrática popular fiel a la democracia y a la justicia social". Dijo también: "Esperamos ver un gobierno libremente elegido por la voluntad de todo el pueblo." El 3 de mayo, el principal portavoz norteamericano en las Naciones Unidas, Adlai Stevenson, aseguró a la organización mundial que el gobierno de Estados Unidos no había considerado nunca al partido político de Bosch como extremista y recordó la cooperación de su país con el régimen de Bosch en 1963.

A juzgar por todas estas declaraciones, la línea general de la política norteamericana en la actual crisis, habría debido ser perfectamente clara: la de un firme apoyo al hombre que presidió el único gobierno libremente elegido por la voluntad del pueblo dominicano en estas décadas. De atenernos a las palabras, lo último que cabía esperar era que Estados Unidos apoyara a los militaristas que derrocaron a Bosch en 1963, y que luchaban contra él dos años más tarde.

\* Reproducimos del Suplemento de la revista "Cuadernos", editada en París por el Congreso por la Libertad de la Cultura, el documentado trabajo del periodista y escritor norteamericano Theodore Draper, referido a la crisis de Santo Domingo. Por su extensión, nos vemos obligados a publicarlo en dos entregas, pero entendemos conveniente transcribirlo completo, por constituir una valiosa contribución al esclarecimiento de los sucesos de la república dominicana, que el mencionado publicista conoce en profundidad.

Para comprender cómo y por qué se ha puesto en ridículo todo lo que Estados Unidos supuestamente defendía, es preciso retroceder por lo menos hasta la presidencia de Bosch y sus antecedentes inmediatos. En su esencia, la crisis actual no es más que la continuación del proceso que condujo al derrocamiento de Bosch. Si el golpe militar de 1963 fue una burda farsa política, como implícitamente han reconocido las declaraciones oficiales del gobierno norteamericano, la intriga política para impedir la vuelta de Bosch al poder en 1965, es exactamente la misma cosa.

Nada ha cambiado, ni siquiera los nombres.

En diciembre de 1962, el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), de Juan Bosch, consiguió una aplastante victoria electoral. La victoria era, de todos modos, inesperada, al menos para la oposición conservadora, la Unión Cívica Nacional (UCN), que no logró resignarse a la derrota. Bosch entró en funciones el 27 de febrero del siguiente año, para enterarse en seguida de que se estaba organizando un complot destinado a derribarle el 9 de marzo, diez días después. Otro golpe se organizó para abril, otro muy serio estuvo a punto de triunfar en julio, otro fracasó en agosto, y el último, el de septiembre, alcanzó su objetivo.

En la atmósfera de Santo Domingo, Bosch se enteraba de estas conspiraciones casi tan pronto como empezaban a tramarse. Cuando Bosch se enteró del último, llamó a su despacho a los dirigentes militares y decidió poner las cartas boca arriba, pidiendo la destitución de uno de los cabecillas. El oficial cuyo nombre mencionó era el coronel Elías Wessin y Wessin, de la base aérea de San Isidro, en los alrededores de la capital. Por toda respuesta, los militares le mantuvieron durante cuatro días preso en su propio despacho y luego le trasladaron en barco a la isla de Guadalupe, de donde al poco tiempo pasó a Puerto Rico. Menos de dos años después, Wessin

y Wessin, ahora brigadier, apareció como principal figura militar en el ataque contra las fuerzas "boschistas".

¿Por qué resultó Bosch tan vulnerable frente a la camarilla de generales y coroneles de San Isidro? La pregunta nos llevará a comprender la grandeza y la fragilidad del régimen de Bosch.

En los últimos años de la dictadura de Trujillo, el legendario tirano ya no confiaba plenamente, para protegerse, en la policía regular y en el ejército. Por eso trató de reforzar su seguridad, añadiendo tanques y tropas de infantería a la base aérea de San Isidro, que mandaba su hijo Ramfis. De este modo, San Isidro se convirtió en la ciudadela del trujillismo. Uno de los jefes principales de esa ciudadela era precisamente el comandante del cuerpo de tanques, coronel Wessin y Wessin.

Cuando Bosch ocupó la presidencia, en febrero de 1963, heredó intactas las fuerzas armadas de Trujillo. Y no se atrevió a transformarlas, porque sabía que la necesaria depuración del alto mando militar, desencadenaría un golpe militar y sumiría al país en la guerra civil. Bosch estaba decidido a gobernar pacíficamente o a no gobernar. De ahí que aceptara deliberadamente el riesgo calculado de no tocar a las fuerzas armadas. Así pudo permanecer en funciones durante siete meses. De otro modo, probablemente no se hubiese mantenido siete días, quizá ni siquiera siete horas.

¿Habría adoptado tal decisión un comunista o un castrista? La base misma del poder de Castro en 1959 era la destrucción del antiguo ejército cubano y su sustitución por el nuevo "Ejército rebelde". Bosch no tenía a su disposición un "Ejército rebelde" porque había llegado al poder democrática y pacíficamente. Desde luego, habría podido utilizar sus poderes presidenciales para organizar una milicia popular, o un cierto tipo de fuerza militar personal. Pero se negó a entrar en este juego, porque desde el principio manifestó claramente que preferiría abandonar el poder, antes que permitir que sus enemigos le forzaran a adoptar sus mismos métodos de gobierno.

¿Era eso una prueba de su debilidad? No lo creo. Sólo un hombre de rara fuerza de carácter podía identificarse tan absolutamente con su conciencia y permanecer fiel a ella hasta el amargo final. Pero no es ésta la fuerza que los cínicos de la izquierda o de la derecha pueden comprender. Lo que tal cosa prueba, sobre todo, es que la estrategia y la táctica comunistas, son completamente ajenas a Bosch. La penosa ironía consiste en que, si hubiese tenido algo más de comunista,

se habría defendido en el poder con mayor tenacidad.

Bosch se enfrentaba además con otro delicado problema. Cuando volvió a la República Dominicana, en octubre de 1961, tras veinticuatro años de exilio, hubo de contar con la presencia de otros grupos revolucionarios, de carácter mucho más extremista que el suyo. El más antiguo de ellos era el Partido Socialista Popular (PSP), el viejo partido comunista organizado a comienzos del decenio de 1940. La influencia castrista se reflejó en la formación del Movimiento 14 de Junio, en 1959, cuando el viejo dictador vivía todavía. Integraban principalmente este grupo, estudiantes y jóvenes profesionales de la clase media, para quienes el modelo era el Movimiento 26 de Julio, de Castro. Le siguió el Movimiento Popular Dominicano (MPD), que se dio a sí mismo el título de marxista-leninista-fidelista, antes de que Castro y los castristas consintieran en reconocer su marxismo-leninismo. Esta agrupación adquirió pronto una coloración "maoísta".

Como la mayoría de los partidos comunistas, el PSP tenía un pasado político complejo. Durante algún tiempo, a mediados del decenio de 1940, había concertado incluso una alianza con Trujillo, y fue el dictador más bien que los comunistas, quien en 1947 rompió la alianza cuando ya no le servía para sus fines. Posteriormente, esta breve colaboración fue un motivo de embarazo para el PSP, lo mismo que la colaboración algo diferente que mantuvo con Batista en 1938-1944 embarazó al partido comunista cubano, llamado también PSP. Tras la muerte de Trujillo, el PSP continuó su política de acercarse al poder trabajando con o dentro de aquellos grupos que le parecían tener mayor influencia en cada momento. Mientras la UCN fue la fuerza política con mayores posibilidades, el PSP le otorgó sus favores. Y como la UCN no rechazaba sus servicios, la política dominicana de después de Trujillo hubo de ver un extraño contubernio.

Los tres partidos —el PSP, el Movimiento 14 de Junio y el MPD— se consideraban a sí mismos como grupos comunistas. Cada uno luchaba ruidosa e incesantemente contra los otros. A la UCN le satisfacía poder aceptar el apoyo del PSP y del Movimiento 14 de Junio, porque el primero le proporcionaba elementos de encuadramiento que necesitaba urgentemente, y el segundo le ofrecía un contacto con la juventud radical. Si pensamos que posteriormente los dirigentes de la UCN sirvieron de cobertura civil



para el golpe militar, debemos recordar que estaban realmente confabulados con los comunistas, antes de que acusaran a Bosch de haber cometido el mismo crimen. De ahí que esta parte de la cuestión sea tan curiosa.

En un artículo titulado "La sublevación dominicana", publicado en *The New Leader*, del 10 de mayo, Sam Halper, antiguo jefe de la Oficina para el Caribe de la revista *Time*, observaba que el dirigente del Movimiento 14 de Junio, Manuel Tavárez Justo, acompañó a Washington a los representantes de la UCN, para preparar con el Departamento de Estado los planes del nuevo gobierno que había de suceder a Trujillo. Las piezas del rompecabezas casan perfectamente.

Mientras tanto, Bosch y su partido, tenían que adaptarse a estas peculiares alianzas. Sin embargo, era la primera vez que se enfrentaba con tal problema. En el exilio, el PSP había concentrado durante mucho tiempo su fuego contra el PRD de Bosch: no salía un número del órgano comunista, entonces publicado en Guatemala, sin que contuviera alguna grosería acerca de Bosch o de sus principales colaboradores. En Cuba, donde pasó casi veinte años de su exilio, Bosch había estado políticamente asociado con el antiguo presidente Prío Socarrás, la bestia negra de los comunistas cubanos, que en 1947 logró arrebatárles el control del movimiento sindical y que en 1950 había tratado incluso de suprimir *Hoy*, el órgano comunista oficial. No es que Bosch aprobara necesariamente todo lo que Prío hizo en el poder, o que Prío aprobara posteriormente todo lo que Bosch hizo durante su paso por la presidencia. Pero después del derrocamiento de Bosch en 1963, Prío declaró: "Le conozco bien, porque estubo a mi lado durante veinte años. No es comunista; el tiempo lo confirmará."

La línea política adoptada por Bosch, tras su vuelta al país, en 1961, era sencilla: completa independencia, nada de alianzas embrolladas. Como el PSP y el Movimiento 14 de Junio, trabajaban por entonces con la UCN contra el PRD, los dos primeros grupos comunistas no constituían ningún problema; pero el tercero, el MPD, había intentado trabajar dentro del partido de Bosch. Antes de que Bosch y los dirigentes más viejos del PRD consiguieran volver al país, el MPD había logrado afincarse en la sección juvenil del PRD. Pero, en cuanto los dirigentes exiliados pudieron controlar la situación, disolvieron la sección juvenil de su partido, disuadiendo de este modo a los comunistas de toda nueva tentativa de infiltrarse en el PRD.

A ningún dominicano, en su sano juicio, se le habría ocurrido relacionar a Bosch con el comunismo o los comunistas, en los últimos meses de 1961 o en los primeros de 1962. En realidad, mientras otros políticos dominicanos abrían sus partidos a uno u otro grupo comunista, Bosch parecía adoptar la actitud porfiadamente quijotesca y doctrinaria de no mantener la menor relación con ellos. Mientras no se tomó en serio a Bosch y al PRD como candidatos al poder, la cuestión comunista ni siquiera se planteó.

Pero en 1962 las alianzas políticas adoptaron una nueva disposición. La UCN conservadora comenzó a adecentarse, con vistas a convertirse en el partido gobernante, buscando el apoyo de Estados Unidos y decidió romper los embarazosos vínculos que le unían a sus sostenedores comunistas. En enero, rompió con el Movimiento 14 de Junio. En octubre, se eliminó del Comité Ejecutivo de la UCN, en Santo Domingo, a los miembros comunistas. Por las dimisiones puede verse que eran nada menos que 18, de un total de 24. Unos veinticuatro comunistas notorios fueron expulsados del país. A fines de año, los dirigentes de la UCN, decidieron tratar de conquistar el poder a base de un programa anticomunista. Y fue entonces cuando de repente se dieron cuenta de que el partido de Bosch estaba dándoles alcance y de que podía arrebatárles esa pretensión.

Debe tenerse en cuenta que Bosch no era un hombre que hubiese comenzado su carrera política en 1962. A lo largo de más de un cuarto de siglo, había intervenido en la política, tanto cubana como dominicana. Durante gran parte de esos años, los comunistas le habían injuriado y difamado, igual que a sus amigos Luis Muñoz Marín, de Puerto Rico, y Rómulo Betancourt, de Venezuela. Quien desee examinar seriamente la cuestión de las relaciones entre Bosch y el comunismo, no puede ignorar decenios de formación y de convicciones políticas.

Quien primero atacó a Bosch, acusándole de comunista, fue un cura jesuita, Láutico García, poco tiempo antes de las elecciones del 20 de septiembre de 1962. Todos los grupos comunistas habían decidido boicotearlas y atacaban furiosamente al partido de Bosch por participar en la "farsa electoral". Así, Bosch, se vio en medio de un fuego cruzado de calumnias contradictorias. Pero la campaña del padre García se volvió contra su autor: Bosch se enfrentó con él, en un famoso debate televisado, e hizo pedazos los equívocos del jesuita. Cuando se proclamaron los resultados de las elecciones,

que fiscalizó la Organización de Estados Americanos, (gracias a lo cual fueron unas de las pocas elecciones indiscutiblemente honradas que se hayan celebrado en América Latina), el partido de Bosch quedó primero con más del 60 por ciento de los votos. En un país con una población total de sólo tres millones de personas aproximadamente, el PRD obtuvo unos 650.000 votos, y la UCN, su más próximo rival, menos de la mitad. El PRD consiguió elegir 22 senadores y 52 diputados, la UCN sólo 4 senadores y 13 diputados. Los demás partidos se repartieron el puñado restante.

Si la oposición estaba en lo cierto, una aplastante mayoría del electorado dominicano había votado a sabiendas por un comunista. Esta era la *reductio ad absurdum* de la hedionda campaña contra Bosch.

\* \* \*

Naturalmente, los auténticos comunistas y castristas, estaban mejor informados. Resulta instructivo ver lo que por aquella época decía de Bosch la prensa cubana. He aquí cómo comentaba el órgano oficial de las fuerzas armadas cubanas, *Verde Olivo*, (30 de diciembre de 1962), la amenaza formulada por Bosch de retirarse de las elecciones, si persistían las acusaciones de comunismo de que se le hacía objeto:

"El gesto de Bosch, cuya adhesión a la política de los Estados Unidos es bien notoria, así como su posición anticomunista, fue interpretado de dos maneras: o como una actitud de última hora, encaminada a que su principal contendiente, Viriato Fiallo, a quien apoya la embajada norteamericana y el clero reaccionario, obtuviera el triunfo en la farsa electoral, o como un reflejo de la presión que hacen las masas populares, para que no se concurra a los amaños comicios. Como se sabe, varias organizaciones democráticas, han denunciado la farsa electoral, y exhortado al pueblo, a no concurrir a las elecciones."

Cuando Bosch hizo, después de las elecciones, un viaje a Washington, otra revista cubana, *Bohemia*, en su número del 4 de enero de 1963, escribía: "Juan Bosch se apuntala en USA, ratificando personalmente su sumisión a la White House, donde ha solicitado la bendición de Kennedy." La misma *Bohemia*, del 11 de enero de 1963, se mofaba de la "farsa electoral, tan dentro del sistema interamericano, que cualquiera de los candidatos electos contaba por anticipado con el visto bueno de Washington. Viriato Fiallo o Juan Bosch vestían con idéntica disposición y soltura la librea de

lacayos". *Verde Olivo*, del 17 de febrero de 1963, publicaba una fotografía de Bosch bajo la cual aparecían las siguientes palabras: "Juan Bosch es el candidato escogido por el imperialismo yanqui para frenar el creciente movimiento de liberación del pueblo dominicano, surgido después del asesinato del dictador Trujillo". *Bohemia*, del 29 de marzo de 1963, publicaba otra fotografía de Bosch, esta vez abrazando al vicepresidente Johnson, representante principal del presidente Kennedy, en la ceremonia de investidura de Bosch. El correspondiente pie decía: "ESTE ES DE LOS NUESTROS. Así parece decir el vicepresidente yanqui, Lyndon Johnson, al verse abrazado por el nuevo títere del Tío Samuel, el resbaloso Juan Bosch, de Santo Domingo." (Uno se pregunta si esta fotografía de Bosch y Johnson, no se utilizará un día para demostrar que Lyndon Johnson era un títere del Tío Juan. Cosas más extrañas se han visto.)

Denunciado por los reaccionarios como agente de Moscú, y por los comunistas y castristas como agente del imperialismo yanqui, Bosch entró en funciones el 27 de febrero de 1963. La tarea que tenía ante sí parecía casi imposible de realizar. Bosch sabía que las fuerzas armadas habían empezado a conspirar contra él en cuanto se conocieron los resultados de las elecciones. Ha afirmado que, según sus noticias, sólo un cura se opuso a los complots contra él. Los círculos económicos habían apoyado casi unánimemente a la UCN conservadora. La juventud de la clase media y los estudiantes se hallaban en su mayoría contagiados de castrismo. La prensa seguía siendo exactamente la misma que bajo Trujillo. La burocracia civil permanecía prácticamente intacta. Y los predecesores inmediatos de Bosch, que ahora figuraban entre los anticomunistas más rabiosos del país, habían situado a comunistas en puestos clave de diversos organismos gubernamentales, de los sindicatos y en otros lugares.

Por otra parte, un gran movimiento popular había llevado a Bosch al poder. Por primera vez en la historia dominicana, las masas se habían convertido en una fuerza política activa, colocándose casi unánimemente detrás de Bosch. El embajador de Estados Unidos, John Bartlow Martin, y el jefe del programa de la Alianza para el Progreso en la República Dominicana, Newell F. Williams, figuraban entre sus más ardientes partidarios. En su reciente libro sobre la crisis de 1963, Bosch ha escrito: "Martin y Williams, en verdad, no parecían dos agentes del gobierno norteamericano, si-



no dos dominicanos, tan dispuestos como el mejor de los dominicanos, a hacer lo imposible por nosotros".<sup>1</sup>

En principios, Bosch se enfrentó con el problema comunista de la misma manera que con el problema militar. Como es el primero el que ha predominado en la presente crisis, me ocuparé esencialmente de él, excluyendo, dada la falta de espacio y de tiempo, otros aspectos importantes del régimen de Bosch.

Como decíamos, Bosch se negó a gobernar utilizando una fuerza distinta de la fuerza moral, que por lo demás era prácticamente la única con que contaba. Durante los 31 años del reinado terrorista de Trujillo, toda persona a la que el tirano quisiera destruir era indiscriminadamente calificada de comunista. Bosch mismo había sido una de las víctimas principales del sistema. Ahora estaba decidido a inaugurar una era de paz, tolerancia, reforma social y democracia constitucional. Bosch descartó, como contraria a sus principios y ajena a sus poderes, toda forma de acción que pudiera provocar una guerra civil larvada o franca, bien oponiéndose a las fuerzas armadas, bien llevando a cabo una purga general de trujillistas, bien lanzando una nistas. Y efectivamente, en la crisis de campaña de represión contra los comunistas de 1963, dijo a los oficiales sediciosos que no podría gobernar el país si continuaban pidiendo medidas represivas, ya que "yo no he vuelto aquí a derramar sangre".

Como hemos visto, a Bosch se le acusó de ser comunista o algo no mucho mejor, antes de que subiera al poder. Es decir, que el origen de la acusación, tiene poco o nada que ver con lo que hizo en el poder. Tampoco es verdad que una vez en el poder, Bosch se negara a expresar claramente sus opiniones sobre el comunismo, aunque para un hombre al que los comunistas habían difamado sin cesar, durante la mayor parte de su vida, debió resultar desagradable tener que defender su inocencia frente a las acusaciones de comunismo. Sólo unos pocos días después de asumir su investidura, uno de los políticos decepcionados por las elecciones, Horacio Julio Ornes, presidente del Partido Vanguardia Revolucionaria, que había sufrido una derrota particularmente dura en las elecciones, lanzó la acusación de que Bosch estaba preparando un programa de adoctrinamiento comunista entre las fuerzas armadas. Suponiendo que Bosch tuviera

semejante idea, el ejército habría sido el último lugar en que hubiese pensado para llevarla a la práctica. Tal acusación, de la que la prensa dominicana dio debidamente cuenta, no era más que un ejemplo de la campaña de difamación, totalmente falta de escrúpulos, con que Bosch tuvo que enfrentarse desde el principio. Sin embargo, Bosch encontró pronto, en una ceremonia militar, ocasión para afirmar que, en su opinión, el dilema que ante sí tenía América Latina era "uno solo y bien claro: o democracia o comunismo. Y comunismo significa muerte, guerra, destrucción y pérdida de todos nuestros bienes". (*La Nación*, Santo Domingo, 13 de marzo de 1963).

Naturalmente, esto no sirvió para nada. La campaña de difamación continuó. Si no se le calificaba de comunista o de agente comunista, se le acusaba de permitir o de alentar la infiltración comunista en el gobierno. El líder de la UCN, Dr. Viriato A. Fiallo, desencadenó una tormenta al declarar públicamente que los comunistas estaban ocupando puestos clave en el gobierno. Bosch, le desafió a que los nombrara, pero Fiallo se negó a aceptar el reto. Al poco tiempo, Norman Gall, un activo reportero que por entonces trabajara con el *Star*, de San Juan de Puerto Rico, pudo examinar una lista de los dominicanos que se trasladaron a Cuba en 1963, para asistir a las ceremonias conmemorativas del 26 de Julio. En el *Star*, del 1º de agosto, publicó los nombres de una serie de personas, la mayor parte de las cuales resultó que habían ocupado puestos importantes en la UCN, de Fiallo, hasta octubre de 1962. Ninguna de ellas había pertenecido al partido de Bosch.

Bosch adoptó algunas medidas prácticas para reducir la influencia comunista. En 1961, cuando los comunistas disfrutaban de los auspicios de la UCN de Fiallo, se creó una organización sindical de dirección comunista. En cambio, bajo Bosch, se organizó un centro sindical libre, afiliado a la Organización Regional Interamericana de Trabajadores, (de la que forma parte la AFL-CIO). Bosch acabó con el control comunista sobre los trabajadores de la industria eléctrica, los empleados gubernamentales, y otros sindicatos. Y con el fin de eludir el dominio comunista en la oficina de planeamiento económico, Bosch traspasó la mayor parte de las actividades oficiales de planificación a una organización privada, el Centro Interamericano de Estudios Sociales, (CIDES), sostenido esencialmente por las fundaciones norteamericanas, y dirigido por un asesor personal de origen rumano, Sacha Volman. Ade-

más, se prohibieron las becas concedidas a través de las Naciones Unidas a dominicanos para estudiar en la Unión Soviética y en otros países comunistas.

Pero Bosch se negó a adoptar represalias innecesarias y provocadoras. Por ejemplo, el gobierno anterior al de Bosch, había alquilado un edificio escolar a un conocido dirigente comunista, Dato Pagán, para organizar un centro educativo. Cuando Bosch ocupó la presidencia, se organizó una campaña para que expulsara a Pagán y cerrara el centro. Bosch se negó a romper apresuradamente el vigente contrato y recomendó que se desocupara la escuela a comienzos del año escolar, basándose en el motivo razonable de que el Ministerio de Educación necesitaba todos sus edificios para sus propios usos. Sin embargo, después de su derrocamiento, se dijo en Estados Unidos que Bosch se había negado a cerrar "una conocida escuela para comunistas instalada en las clases de una escuela pública de Santo Domingo". (Rowland Evans y Robert Novak, *New York Herald Tribune*, 7 de octubre de 1963).

\* \* \*

De todos modos, hay un punto en el que los enemigos y los críticos de Bosch tenían razón. El presidente dominicano se opuso inflexiblemente a convertir en mártires a los comunistas del país, rechazando severamente todos los métodos de represión y de coerción, mientras los comunistas se mantuvieran dentro de la ley. Además, permitió volver a los comunistas últimamente exiliados. Creía apasionadamente, que la peor manera de tratar el problema comunista en la República Dominicana, era adoptar una política de represión.

En primer lugar, Bosch no creía que el dilema fuera tener o no tener comunistas en la República Dominicana. La verdadera opción era entre tenerlos a la luz pública o en la clandestinidad, haciendo propaganda política o haciendo la guerra de guerrillas. La experiencia de Venezuela le preocupaba. "En nuestros países —decía el 24 de marzo de 1963— cualquier tentativa de suprimir a los comunistas nativos, por la persecución directa, sólo logra convertirlos en guerrilleros y terroristas, como ha ocurrido en Venezuela." Así, pues, a los comunistas les tocaba decidir si querían lanzarse a las guerrillas, y no convertirlos él en guerrilleros y terroristas, siempre que pudiera evitarlo. En todo caso, sólo habría podido suprimir a los comunistas, aceptando ser prisionero del ejército, el mismo ejército con que Trujillo había suprimido a todas aquellas personas a

quienes se daba el gusto de llamar comunistas. A medida que se desarrollaba, la campaña anticomunista demostró ser una estratagema bastante burda, para conseguir que Bosch no sólo traicionara sus principios, sino además se suicidara políticamente.

Por otra parte, los comunistas dominicanos luchaban por entonces entre sí tan duramente como contra los demás partidos. En 1963, durante la presidencia de Bosch, la escisión del mundo comunista había llegado a un grado de hostilidad abierta y creciente, y se reflejaba en las luchas sin cuartel de los grupos comunistas dominicanos. A mediados de año, Tavárez Justo, llevó a cabo una purga tanto de moderados como de comunistas de viejo estilo, en el Movimiento 14 de Junio. Una campaña indiscriminada de represión anticomunista no habría hecho más que eliminar los problemas internos de los comunistas, reconciliarlos entre sí y conferir a los cuerpos represivos del Estado la delicada responsabilidad de decidir quien era y quien no era comunista.

Pero estas consideraciones prácticas, no eran para Bosch lo principal. Lo que le preocupaba esencialmente era el problema de los jóvenes de la clase media que, como dice en su último libro, "inician y dirigen las revoluciones latinoamericanas". Lo mismo en la República Dominicana, que en los demás países, los jóvenes estaban trastornados por el éxito del castrismo. Bosch no creía poder influir personalmente sobre ellos: él mismo indica que durante su mandato no hizo ni una sola visita a la Universidad. A su juicio, uno de los motivos de tal extrañamiento, era de índole social: Bosch nació en una familia pobre, en una pequeña ciudad y era, en gran parte, autodidacta. Aunque había ganado fama como uno de los más destacados hombres de letras de América Latina, no pudo nunca, ni siquiera en el poder, pasar a la otra acera. Paradójicamente, los jóvenes radicales y los adultos conservadores, procedían de la misma clase social, a menudo de las mismas familias. Para unos y otros, Bosch, el exiliado, era, cuando volvió al país, un extraño, un intruso.

De todos modos, Bosch había vivido bastante en Cuba para comprender algo de la nueva ola revolucionaria. No se marchó de Cuba hasta abril de 1958, ocho meses antes de la caída de Batista, y había podido observar de cerca cómo un gobierno constitucional, era derrocado por un golpe de Estado militar, y cómo este golpe militar, llevó a una generación entera al terrorismo revolucionario

<sup>1</sup> Juan Bosch, *Crisis de la Democracia de América en la República Dominicana*, México, Centro de Estudios y Documentación Sociales, pág. 155.



y a la guerra de guerrillas en nombre de la restauración del gobierno constitucional. Batista y Castro se relacionaban entre sí como las dos caras de una misma moneda: la represión alimentaba la revolución y viceversa. En la República Dominicana, ambas fuerzas se parecían por quedar en libertad y adquirir fuerza devorándose una a otra. Al contrario que en la Cuba de Batista, ya no existía la figura, mucho más perversa y monstruosa, de Trujillo; sólo quedaba lo que Trujillo había creado y dejado tras sí. Y al contrario que Castro, había una juventud sin experiencia ni entrenamiento, anhelosa de demostrar que la violencia era el único camino acertado para la revolución.

Bosch y su movimiento se interpusieron entre esas dos fuerzas. Igual que aborrecía los símbolos vivientes del trujillismo, Bosch rechazaba lo que el castrismo había llegado a ser. Y, sin embargo, tenía que convivir con ambos para que no le destruyeran. En su libro cuenta que a principios de 1959, cuando Castro subió al poder, él vivía en Venezuela, mientras su familia permanecía aún en Cuba. La familia quería que Bosch volviera a Cuba, pero en marzo, después de observar desde lejos el curso que tomaba el régimen de Castro en sólo tres meses, decidió que sus familiares se trasladaran a Venezuela en lugar de reunirse todos en Cuba.

Lo que preocupaba a Bosch no es que se creyera que Castro se había lanzado inmediatamente a realizar una revolución comunista. Lo que desaprobaba en la experiencia cubana era más bien que Castro no hubiese tomado las medidas que Bosch consideraba indispensables para una revolución democrática. Y cuando, en diciembre de 1961, Castro declaró públicamente que era un marxista-leninista, y que esa era su orientación en los años en que proclamaba ser un demócrata constitucional, Bosch comprendió que Castro se había convertido en un "apestado" para la revolución democrática de América Latina. Sus reflexiones al respecto, son tan reveladoras de los propios problemas con que hubo de enfrentarse en la República Dominicana, que merece la pena reproducirlas:

"Con esa declaración, Fidel Castro, que había sido el líder de una revolución democrática fervientemente popular, marcó para mucho tiempo todo intento de revolución democrática, con un acero al rojo que tiene esta sola palabra: comunista. Es arriesgado decir si lo hizo conscientemente o de manera inconsciente, pero no debe haber duda de que al hacerlo, rindió un servicio de consecuencias incal-

culables a la causa del comunismo mundial, pues después de su declaración es virtual y totalmente imposible hacer en esta parte del mundo una revolución democrática, y sin revolución democrática en América no hay salida posible: la revolución, que es inevitable aunque demore quince años, veinte años, veinticinco años, no debe ser comunista, pero por miedo a la revolución democrática, caeremos más tarde o más temprano, en la revolución comunista."

En otro pasaje, Bosch añade proféticamente:

"Todo aquel que no muestre de manera satisfactoria que respeta y respetará el orden constituido en la América Latina, que no tocará un pelo a los intereses creados, y que, al contrario, se dedicará a defenderlos con cuerpo y alma, noche y día, se convierte en sospechoso de comunista encubierto y es acusado por un coro de voces continentales de ser agente de Moscú y de Fidel Castro. La presión que se levanta en todas partes, como eco de esa acusación, es de naturaleza denigrante, y pocos pueden sufrirla en calma. Pero hay una respuesta a esa acusación: la juventud latinoamericana, indignada por la injusticia que se comete con los líderes democráticos honestos, reacciona inclinándose al comunismo. Si la acusación viene de los círculos más odiados del Hemisferio, la juventud responde a ella colocándose precisamente en el punto extremo que se opone a los acusadores; así, día tras día, los jóvenes más osados de América, encabezados por los de la alta clase media y los de mediana clase media, van engrosando las filas comunistas en todos nuestros países."

\* \* \*

En la República Dominicana, los comunistas de viejo estilo, curtidos y experimentados, eran relativamente pocos. El peligro mayor provenía de la clandestinidad amorfa y latente de simpatizantes castristas, activos o potenciales. En 1962, el informe secreto del Departamento de Estado, *World Strength of the Communist Party Organizations*, (La fuerza de los partidos comunistas en todo el mundo), consideraba la fuerza total de los comunistas en la república dominicana como desdeñable. La edición de 1964, del mismo informe, publicada después del derrocamiento de Bosch, indicaba que sólo el castrista Movimiento 14 de Junio "pasaba por tener un apoyo popular". El informe declaraba: "Se ha observado una influencia comunista entre algunos estudiantes universitarios y de enseñanza secundaria, en una pequeña fracción de las organizaciones sindicales y, en grado

reducido, entre los miembros de profesionales liberales." De esta evaluación más bien sobria, difícilmente puede deducirse que en 1962-1963, los comunistas habían encontrado la forma de conseguir el amplio apoyo popular necesario, para presentarse como candidatos al poder.

En sus etapas de formación, el castrismo no afirma que la reforma constitucional y democrática no sea deseable; lo que dice es que es imposible. De ahí que los diversos comunistas dominicanos, incluidos los castristas, consideraran las elecciones de diciembre de 1962, como una farsa y se negaran a participar en ellas. Que fueran posibles unas elecciones libres y honradas, que un candidato secundario como Bosch pudiera dar un salto y ganarlas, y que incluso consiguiera el apoyo de Estados Unidos, todos estos hechos indiscutibles constituyeron una derrota para el castrismo, en su más profunda esencia política y en su más amplio atractivo popular. La idea de que la infiltración de unos cuantos comunistas, en unos míticos puestos clave del gobierno de Bosch, presagiaba una toma del poder por los comunistas en la República Dominicana, se funda en una interpretación obsesivamente conspiradora del comunismo tradicional, y en una comprensión sobremanera grotesca del castrismo. De probar algo, la experiencia cubana demuestra que sin un Batista no habría habido un Castro. Y donde no existe un Batista, los castristas tienen que inventarse uno o esperar hasta que la aparición de un facsímil les permita afirmar: "Ya os los decía".

Los castristas auténticos comprendieron siempre que Bosch había puesto una barrera constitucional entre ellos y la conquista del poder. El líder del Movimiento 14 de Junio, Tavárez Justo, continuó atacando a Bosch después de las elecciones, porque el nuevo presidente se negaba a atacar a Estados Unidos, igual que los reaccionarios continuaban atacándole porque Bosch se negaba a la represión ilegal contra los comunistas. La revista cubana *Bohemia*, afirmaba el 10 de mayo de 1963: "Por supuesto, el régimen de Bosch es el menos sospechoso de simpatía por la Cuba revolucionaria." Al mismo tiempo, Bosch se negaba a permitir que la república dominicana se convirtiera en un centro de actividades de los exiliados anticastristas, y a hacer del anticastrismo un tema de división dentro del país. Lo que hizo que, con escasas excepciones, los dirigentes anticastristas exiliados de la derecha, del centro y de la izquierda, se cubrieran de ignominia aplaudiendo y justificando el golpe militar que derribó a Bosch.

El golpe de Estado militar, de septiembre de 1963, fue un verdadero desastre, y la propaganda que lo acompañó, una auténtica ignominia. Y fue un desastre y una ignominia para Estados Unidos, tanto como para la república dominicana.

La propaganda contra Bosch se apoyaba esencialmente sobre dos temas. El principal era la acusación de infiltración comunista dentro de su gobierno. El segundo, y menos importante, consistía en acusarle de crímenes tales como obstinación, vanidad e incompetencia, especialmente de esto último.

La acusación relativa a la infiltración resultó ser una torva farsa. Un solo nombre se indicó para justificarla. Y se trataba precisamente del de Sacha Volman, el director del CIDES, que fue rápidamente expulsado del país. Ahora bien, Volman había sido durante años un notorio anticomunista, al que Bosch conoció en 1957, en Costa Rica, en el Instituto de Educación Política, escuela de formación creada con el apoyo de Estados Unidos, para competir con los comunistas latinoamericanos en el terreno de la ideología política. Más recientemente, Volman ha sido secretario del Institute of International Labor Research, de Nueva York. Su presidente es Norman Thomas y en su junta directiva figuran algunos de los anticomunistas más enterados de Estados Unidos. Sin embargo, por increíble que parezca, Volman constituyó la prueba principal en que se apoyaba la acusación de que Bosch era responsable de la infiltración comunista en los altos puestos oficiales. Incontables crónicas y editoriales en la prensa norteamericana repitieron la palabra, como si se tratara de una especie de "Sésamo ábrete", que se explicara y se justificara por sí mismo.

Ya sé que algunos de los amigos y admiradores de Bosch no le consideran, como por entonces dijo uno de ellos, "el más grande administrador público del mundo". Como Charles de Gaulle, Bosch no era el ejecutante burocrático ideal. Era, sobre todo, una fuerza inspiradora y una conciencia nacional. Pero incluso un buen burócrata, necesita una buena burocracia, y Bosch había heredado una de las peores y más flojas de América Latina, lo que ya es decir mucho. En todo caso, si la eficacia, la competencia, o cualquier otra característica personal, han de ser la piedra de toque del derecho de un gobernante a permanecer en el poder, y si a la oposición se le concede el privilegio de decidir su suerte de acuerdo con tales criterios, pocos regímenes democráticos por no decir ninguno, podrían sobrevivir mucho tiempo. Bosch



fue elegido por cuatro años, no vitaliciamente, y el proceso democrático concede al electorado el derecho de decidir acerca de la competencia relativa de los diversos candidatos para ejercer el poder. A Bosch no se le dejaron más que siete meses para limpiar el establo político que había heredado; y hubo de vivir bajo la amenaza de un golpe de Estado, antes de que pudiera iniciar su tarea y dar pruebas de su competencia. Si las mismas normas se aplicaran en Estados Unidos, John F. Kennedy habría terminado su carrera en abril de 1961; pero Kennedy continuó en funciones, adquiriendo experiencia y creciendo.

Cabe suponer que los periodistas y editoriales norteamericanos, considerarán casi deshonoroso que tengan que decirse tales cosas. Y, sin embargo, es necesario decirlo. La prensa norteamericana prodigó precisamente tales justificaciones del golpe de Estado, con o sin el tema comunista<sup>2</sup>. Y las mismas referencias solapadas a la supuesta incompetencia de Bosch, comenzaron a reaparecer el mes pasado para explicar por qué Estados Unidos no deseaba que volviera al poder.

\* \* \*

Sin embargo, sólo la cuestión comunista podía servir de seria cobertura política para el golpe de Estado. Porque si Bosch estaba entregando realmente la República Dominicana a los comunistas, se le podía acusar de traicionar el orden democrático, y sus enemigos podían aparecer como los salvadores del país, si no para la democracia, sí al menos del comunismo.

En los meses que precedieron al golpe militar de 1963, varios periodistas norteamericanos desempeñaron un papel muy peculiar. De uno de ellos ha escrito Bosch: "Había un periodista norteamericano, nada menos que ganador del Premio Pulitzer, que dedicaba todas sus energías a llamar comunista al gobierno por mí presidido. Durante siete meses, dedicó su vida a la tarea de destruir la CIDES, institución creada expresamente para moldear la conciencia democrática en la república dominicana, había entrenado nada menos que a 17.000 guerrilleros comunistas."

Este periodista, Hal Hendrix, pudo dar a la cadena de periódicos Scripps-

<sup>2</sup> Un ejemplo típico: "A Bosch se le acusa de muchas cosas, entre ellas de terquedad, de vanidad y de incapacidad para poner término a la infiltración comunista en su gobierno. Pero la acusación más grave parece ser la de incompetencia manifiesta (World Telegram, de Nueva York, 26 de septiembre de 1963).

Howard, la exclusiva de una noticia sobre el próximo golpe, veinticuatro horas antes de que ocurriera. Las últimas palabras de este comunicado pueden sonar familiarmente en los oídos de quienes hayan leído los recientes informes y editoriales dominicanos: "Ocurra lo que ocurra en los próximos meses, Estados Unidos han dejado claramente sentado que no permitirá a los comunistas apoderarse de Santo Domingo. Funcionarios de alta categoría, han declarado solemnemente, que no habrá otra Cuba en el Caribe". (World Telegram, de Nueva York, 24 de septiembre de 1963).

Aquella noche, Bosch tuvo una llamada telefónica de Rafael Molina Morillo, que entonces era director responsable de *El Caribe*, uno de los periódicos más virulentamente "antiboschistas" de Santo Domingo, publicado por un hermano de Horacio Ornes, el político. Según contó posteriormente Molina Morillo, informó al presidente, de que *El Caribe* había recibido el texto del sensacional artículo de Hendrix, y pensaba publicarlo a la mañana siguiente. Bosch contestó que la cuestión no merecía ningún comentario de su parte. Sin embargo, el artículo que Molina Morillo leyó a Bosch por teléfono, fue uno de los principales incidentes de aquel día, que pusieron en guardia al presidente, sobre el inminente golpe de Estado. (Ahora, 1-15 de noviembre de 1963).

Otro periodista norteamericano, Jules Dubois, del *Chicago Tribune*, ofreció a los dominicanos la primera historia interna del golpe militar. El 27 de septiembre de 1963, el *Chicago Tribune*, publicó una entrevista con el brigadier Antonio Imbert Barrera, al que Dubois calificaba de "uno de los dirigentes del golpe de ayer". El titular de primera plana, rezaba: "¡EL COMLOT ROJO DE BOSCH PUESTO AL DESCUBIERTO!" En otro titular, a tres columnas, sobre el texto del artículo se leía: "El jefe de la sublevación dominicana cuenta el plan comunista para establecer una nueva Cuba". Dubois, citaba a Imbert: "Desde luego, hemos violado la Constitución expulsando a Bosch, pero creo que era absolutamente necesario suspender la Constitución metiéndola en un cajón."

Según Imbert, tal cosa era necesaria porque, como jefe de la seguridad interior, había entregado a Bosch, el 19 de septiembre, un documento de tres páginas, en el que se afirmaba que los comunistas dominicanos estaban planeando un levantamiento para enero siguiente. Según él, la noticia provenía del relato hecho por un informador de una "re-

unión secreta de los dirigentes comunistas". Los dirigentes militares utilizaron este informe oportuno para pedir a Bosch que les diera órdenes de reprimir a los comunistas y de "aplastarles la cabeza". Cuando, según Dubois, Bosch dijo claramente a Imbert que se negaba a convertir a la república dominicana en una nueva Venezuela, "porque el resultado serían las actividades terroristas y la anarquía", los militares decidieron desembarazarse de Bosch y de la Constitución.

En su número del 1 de octubre de 1963, el periódico de Santo Domingo *Prensa Libre*, publicó la entrevista bajo el siguiente titular: "Declara Imbert: Derrocamiento impidió segunda Cuba". Como vemos, no fue en abril de 1965, cuando por primera vez se utilizó el espartapájaros de una segunda Cuba, para cubrir una política "antiboschista". Ya se le ensayó con éxito, en la farsa de 1963.

Naturalmente, las revelaciones de Imbert eran contraproducentes. Ningún lector del artículo de Dubois, habría sido capaz de descubrir un complot rojo de Bosch. Si había tal complot rojo, era contra Bosch mismo. Y si el presidente era un benefactor y protector de los comunistas, no tenía sentido que éstos quisieran derrocarlo. En la entrevista, ni siquiera se mencionaba la infiltración comunista en el gobierno de Bosch, como coartada de la acción de los militares. Pero el colmo de la farsa se quedó para más tarde: una vez derrocado Bosch, el triunvirato que le sustituyó en el poder, declaró ilegales al PSP y al MPD, pero en cambio al castrista Movimiento 14 de Junio, de mayores proporciones.

Unas semanas después, el informe secreto del general Imbert, del 19 de septiembre, fue puesto a prueba. A fines de noviembre, Tavárez Justo y un pequeño grupo del Movimiento 14 de Junio, se marcharon a las montañas para iniciar la guerra de guerrillas contra el nuevo orden. Estaban tan mal armados y entrenados, que mal podían hacer frente a las fuerzas gubernamentales. Tavárez Justo fue muerto en seguida y sus hombres abandonaron la lucha. He aquí el grave complot comunista, que supuestamente había convertido a la República Dominicana en "una cabeza de puente para las operaciones subversivas contra Venezuela y Haití".

Según cuenta Sam Halper, en el artículo anteriormente citado, los militares dominicanos decidieron expulsar a Bosch "en cuanto recibieran una señal del Pentágono norteamericano". Halper parece tener razón en afirmar que "el

Pentágono le minó el terreno al Departamento de Estado" y al embajador Martin, que trataba de ayudar a Bosch. Sin embargo, Bosch mismo no llega a afirmar tanto. En su libro, declaró: "Nunca tuve pruebas de que los militares norteamericanos en Santo Domingo conspiraban para derrocar mi gobierno democrático, aunque oí frecuentes rumores de tal sentido; pero estoy seguro de que si un capitán de la misión, hubiera dicho que el gobierno debía ser derribado, tal cosa se habría hecho en una hora, porque ese capitán tenía más autoridad sobre el alto militar dominicano, que el pueblo, la Constitución y el Presidente."

Viniera o no del Pentágono la señal, la capacidad de la misión norteamericana, para contener a los militares dominicanos, era decisiva para el éxito de la política oficial de Estados Unidos, ya que la misión estaba mucho más cerca de los militares nativos que la misión diplomática. Es muy inquietante que un periodista responsable, estrechamente relacionado con los asuntos dominicanos, considerara necesario aludir públicamente a la responsabilidad del Pentágono en el golpe militar de 1963. Una cosa es segura: en la situación de dependencia de las fuerzas armadas dominicanas, respecto de la organización militar norteamericana, resulta curioso que esta última se mostrara incapaz de ejercer una influencia moderadora.

En su discurso del 2 de mayo, el presidente Johnson, calificó inexplicablemente de revolución el derrocamiento de Bosch en 1963. Naturalmente, el golpe de 1963, no fue tal revolución, sino un simple, tradicional y anticuado golpe militar. El desliz, si de desliz se trata, podría ser sobremanera revelador, si pudiésemos saber quién incluyó tal palabra en el discurso.

El 7 de mayo de 1965, se nombró una nueva junta de cinco miembros, en sustitución de las tres personas del general Wessin y Wessin. ¿Y quién presidía la nueva junta? Precisamente el brigadier Antonio Imbert Barrera. Y, si damos crédito a las informaciones de prensa, procedentes de Santo Domingo, ¿quién eligió al general Imbert? Precisamente la Embajada norteamericana<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> "Los servicios de guerra psicológica de la Agencia de Información y de los militares norteamericanos ayudan a la junta nacional, presidida por el general Antonio Imbert Barrera, que fue designado por la embajada norteamericana" (Ted Szulc, New York Times, 11 de mayo de 1965). Bernard L. Collier, informó con anterioridad, que la embajada había elegido a Imbert como su posible candidato, desde el 30 de abril (New York Herald Tribune, 9 de mayo de 1965).



Mientras tanto, en la "primera Cuba", se derramaron muy pocas lágrimas, por lo que acababa de ocurrir en el país salvado precisamente de convertirse en una "segunda Cuba". El órgano comunista cubano, *Hoy*, del 27 de septiembre de 1963, dedicaba un editorial a la "lección" del golpe de Estado dominicano. "Ella simplemente revela —afirmaba el editorial— el grado de descomposición y la crisis que atraviesa la llamada 'democracia representativa'." A continuación, *Hoy* criticaba a Bosch, por no haber nacionalizado ninguna empresa norteamericana, no haber establecido relaciones diplomáticas con la Cuba de Castro, no haber concertado un convenio comercial con la Rusia Soviética y no haber depurado el ejército; y se le advertía a Bosch, en tono grave, que su principal error había consistido en "no comprender que en América ya no existe el camino intermedio". En consecuencia, "su derrocamiento era inevitable".

Al día siguiente, Fidel Castro, volvió sobre la misma cuestión. Insistió también en que el golpe estaba "predeterminado", porque ninguna democracia podía basarse en el ejército de Trujillo. Bosch había estado "maniatado" por ese ejército, aunque intentó realizar una "política más discreta". Castro admitió que Bosch era algo diferente y merecía un poco más de respeto. "¿Por qué? ¿Acaso porque nos defendiera a nosotros? No. El tuvo sus grandes debilidades, llegó al gobierno con el beneplácito de los imperialistas." De todos modos, Bosch merecía algún crédito, por no haber sido un Betancourt en su política, respecto de Cuba; el presidente derrocado se había dedicado únicamente a los problemas de su país; y mantuvo una "actitud discreta".

La moraleja, afirmó Castro, era que ni siquiera un hombre como él, podía sobrevivir a los "gorilas trujillistas", que no estaban dispuestos a dejarle tranquilo aunque él les dejara en paz. La lección para el pueblo dominicano era que sólo existía un camino, el de Castro, no el de Bosch: "liquidar a los gorilas, combatir a los gorilas, derrotar a los gorilas y fusilar a los principales gorilas". En resumen, Castro trató de capitalizar políticamente el golpe militar dominicano, poniendo de relieve la diferencia entre su método violento y revolucionario y el método pacífico y democrático de Bosch. La derrota de Bosch fue una victoria, tanto para los Castros y los Guevaras, como para los Wessin y los Imbert.

Con esto no quiero decir que la manera cómo Bosch trató el problema comunista en la República Dominicana esté

libre de interrogantes o de críticas. Cabe imaginar perfectamente que personas no menos bien intencionadas diverjan en algunos aspectos de la manera de Bosch. ¿Debió hablar claramente contra Castro, al que personalmente detestaba? ¿Cuándo y cómo debió expulsarse de un edificio público la Escuela de Dato Pagán? ¿Cuáles son los límites constitucionales o prácticos de la libertad de expresión y de reunión? Bosch actuó contra los comunistas dominicanos en algunos terrenos, no en otros. Otra persona en su lugar habría podido hacer ciertas cosas en forma diferente.

Pero, si se puede poner en tela de juicio la política de Bosch, primero hay que comprenderla e interpretarla correctamente. Durante la mayor parte de sus treinta y un años en el poder, Rafael Leónidas Trujillo persiguió y torturó a sus adversarios, la mayoría de ellos simples demócratas, en nombre del anticomunismo. El mismo Bosch hubo de vivir bajo esta gran mentira durante decenios. Cuando estuve en la República Dominicana en 1951, en pleno apogeo del poder de Trujillo, pude observar que hasta un miembro de la Embajada norteamericana tenía miedo de hablar conmigo fuera de la embajada misma. Trujillo había degradado y pervertido de tal modo la palabra comunismo que el antitrujillismo resultaba prácticamente sinónimo de comunismo. Menos de dos años después de la muerte del tirano, la atmósfera política estaba aún tan contaminada que el anticomunismo no significaba necesariamente fidelidad a la democracia, pudiendo servir de cobertera para un retorno al trujillismo.

La generación más joven, que era la preocupación principal de Bosch, empezaba sólo a conocer lo que la democracia era o podía ser en la práctica. Los políticos más viejos, que constituían el tormento principal de Bosch, no se habían educado en un medio democrático en el que los límites de la oposición democrática se hallan claramente reconocidos y establecidos. Para Bosch, cada día de supervivencia de su régimen legal y democrático, era una victoria al mismo tiempo contra los trujillistas y contra los comunistas. Más que otra cosa, necesitaba tiempo y estaba dispuesto a conseguirlo, pero no a costa de sus principios. No deseaba aislarse de los jóvenes radicales, darlos por perdidos, tomar la iniciativa de trazar una línea de sangre entre ellos y él. Prefería mostrarles que la norma de la ley y de la libertad se aplicaba a todos, y no podía empezar exceptuando de ella a nadie.

A Bosch se le ha calificado respectivamente de soñador y de idealista. Quienes tal cosa piensan deberían tener en cuenta que los predecesores de Castro, el político práctico, Carlos Prío, y el duro ex sargento, Fulgencio Batista, no terminaron, a la larga, mejor. Un poco más de idealismo habría contenido en Cuba al comunismo más eficazmente que cualquier otra cosa.

En todo caso, no existe una única manera de tratar el problema comunista en una democracia. Apenas hay dos países libres en el mundo que se enfrenten con él en la misma forma. Cuando Bosch fue derrocado en 1963, escribí: "Se causaría un estrago indecible en todo el mundo democrático, especialmente en aquellas partes del mismo que más se parece a la República Dominicana, si se dedujese del modo de tratar a los comunistas locales o de la política respecto a los exiliados anticomunistas, la definición de si cualquier gobierno democrático tiene o no tiene derecho a existir" (Bosch y el comunismo, *Cuadernos*, N° 80, enero de 1964). Sin embargo, esto es precisamente lo que se daba por supuesto en las acusaciones contra el gobierno de Bosch, y ese es uno de los motivos de que el precedente dominicano haya producido tal consternación en la mayoría de los países democráticos de América Latina.

En forma tergiversada, la entrevista de Dubois con Imbert contenía un elemento esencial de verdad, si no acerca

del supuesto complot comunista, si en cuanto a los conspiradores militares. De la entrevista se desprende claramente que la cuestión que provocó la caída de Bosch no eran sus simpatías por el comunismo o la infiltración comunista en su gobierno. Las declaraciones de Imbert daban a entender francamente que la cuestión primordial era la libertad de expresión, de prensa y de reunión. Bosch se negó a privar a los comunistas o a cualesquiera otras personas de esas libertades mientras no cometieran actos ilegales o violentos. Y se negó a declarar la guerra preventiva contra los comunistas dominicanos y a "aplastarles la cabeza", porque creía que el remedio era peor que la enfermedad.

Puede haber diferencias de opinión respecto de Bosch y de sus métodos y su táctica. Pero esto no era bastante. Había que cometer la vileza de teñirle propiamente de comunismo. Había que presentarle como el ejecutor de un "complot rojo", como un disfraz comunista, como una fachada para la infiltración comunista.

En esto consistía la infamia.

En el próximo número: SEGUNDA PARTE DE ESTE INTERESANTE ARTICULO SOBRE SANTO DOMINGO.



## Arte actual y mistificación

Por Damián Barreda

Abordar sin complejos el problema de las artes en nuestros días es una empresa nada fácil. Quien lo haga corre el riesgo —tan temido por aquellos que quieren estar siempre con “lo nuevo”— de ser denominado “antiguo”, reaccionario y, acaso, ignorante. Pero aun así, séanos permitido tratar de señalar las múltiples deformaciones y contradicciones que, a nuestro juicio, sufre el arte contemporáneo. Claro que tales males no se limitan a dicho terreno, sino que comprenden todos o casi todos los aspectos de la sociedad presente.

Lejos estamos de pretender negar *todas* las manifestaciones estéticas actuales, ni mucho menos predicar la inmovilidad de las formas de expresión artísticas. Todo lo contrario: creemos que, por definición, el arte es cambio, revolución; por ser un producto humano; y el hombre es esencialmente revolucionario. Pero también es, necesariamente, social; y el arte, que es su fruto más noble, tendría que tener el mismo carácter. Ello en el sentido de que debe ser obra del hombre dirigida a todos los hombres. O, en términos psicológicos, que interprete el *inconsciente colectivo*.

Hemos dicho que el arte es obra del hombre y no del artista, porque pensamos que todo hombre es, en algún sentido, artista; esto es, capaz de crear cosas bellas. Sin hacer distinción entre las tradicionalmente consideradas “obras de arte” y los objetos que no sólo se limitan a ser “bellos” sino que, además, son “útiles” para la sociedad. “Las obras de arte —dice Herbert Read\*— son cosas que se usan: las casas y sus muebles, por ejemplo; y si no son cosas de uso inmediato, como la escultura y la poesía, deben estar acordes con los objetos que usamos, es decir que han de formar parte de nuestra vida diaria, acompañarse a nuestros hábitos cotidianos, responder a nuestras necesidades de todos los días. Cuando el arte da voz a las esperanzas y a las aspiraciones inmediatas de la humanidad, adquiere entonces significación social.”

¿Cumple el arte moderno, en general, con este postulado? A nuestro juicio, no. Y creemos que ello se debe a que los artistas de hoy oscilan entre un racionalismo excesivo que ahoga toda emoción, todo impulso estético, y un irracionalismo rayano en el absurdo. El hecho de que fluctúen entre esos extremos indica bien a las claras la desorientación que los atenace, llevándolos a engrosar cada día una nueva “escuela” o corriente. Y resulta sorprendente que los miembros pertenecientes a una corriente determinada consideren “desubicados” y hasta embaucadores a los adscriptos a las demás tendencias.

Pero dadas las tensiones y asechanzas que presenta a los artistas la sociedad contemporánea, para éstos es siempre considerado importante —casi diríamos imprescindible— pertenecer a una escuela. Esto es por otra parte perfectamente explicable en el plano sociológico: la “escuela” cumple la función de “secta” (o grupo primario), en la que cada uno de sus miembros se siente identificado con los demás, y tam-

\* Herbert Read: “Al diablo con la cultura”, pág. 39, Ed. Proyección, Bs. As. 1965.

bién protegido de los embates del “mundo exterior”. Es una forma de escapismo, de rehuir de la realidad. Además, el grupo cumple una función nada desdeñable para el miembro que lo integra: le sirve como rampa de lanzamiento, para lograr el aplauso, para promocionarlo. Todo con la única condición de que, llegado el caso, el promocionado se comprometa a aplaudir y a publicitar a sus cofrades.

Esta no es una crítica dirigida a los artistas, sino más bien enderezada contra una sociedad signada por el espíritu de competencia y cuyo única medida para aquilatar los valores de un hombre, de sus ideas o de sus obras, es la del éxito.

Por ese camino se elimina el requisito esencial de la obra de arte: la autenticidad, es decir, la creación espontánea. En nuestro criterio, es artista quien trabaja con alegría en la seguridad de estar volcando en su tarea lo mejor de sí, y sin sentirse condicionado por “lo externo”. Sólo que también debe tener conciencia de que su obra está, en última instancia, destinada a la sociedad. Un ejemplo de lo que decimos nos lo da una anécdota atribuida a Charles Ives, uno de los mayores músicos norteamericanos contemporáneos. Se cuenta que Ives alternaba su tarea de compositor con las de director del coro de su pueblo, Danbury, estado de Connecticut. Cuando alguna vez le hicieron notar que uno de los coristas —John, un viejo albañil— desafinaba, Ives respondió: “El viejo John es un músico sublime. Mírenle la cara. No atiendan demasiado a los sonidos; podrían perderse la música”. Para él, el resultado era lo de menos, lo importante es la pasión que se pone en lo que se realiza.

Espontaneidad, alegría, libertad, tal vez sean las claves para definir la obra artística. Espontaneidad que no existe cuando se hace algo porque “está de moda”. Alegría que está ausente cuando es una forma de subsistencia. Libertad que se niega al artista obligado a seguir patrones inflexibles.

Casi todos los que defienden “en bloque” las corrientes artísticas contemporáneas a la vez que reniegan de todo pasado estético, lo hacen en nombre del progreso, de la ciencia y, especialmente, de la “época”. Sin negar esa movilidad del criterio estético de la que hablábamos en otra parte, sin dejar de reconocer que cada época produce un arte original, nos permitimos señalar una falacia: la de que el tiempo tiene categoría artística. Así como no se puede afirmar que lo nuevo por ser nuevo es malo, tampoco se puede decir que, simplemente por el hecho de ser nueva, una cosa es buena.

Esa falta de autenticidad, de libertad creadora, tal vez sea al fin de cuentas, un problema económico. Al artista de hoy se le hace difícil vivir de su arte —deseo muy justificable— y, para lograrlo, muy frecuentemente tiene que transigir con el gusto o las tendencias en boga o acudir al expediente clásico de la economía capitalista: la escasez. Disminuyendo la oferta —produciendo menos obras— y asumiendo personalmente la tarea de su promoción, posiblemente haga crecer la demanda y logre un buen precio. El problema no difiere fundamentalmente en los países totalitarios, donde si bien el artista consigue ser un verdadero privilegiado dentro del sistema, lo es a expensas de producir aquello que interesa al régimen, y frecuentemente es obligado en forma muy sutil a cantar loas al gobernante de turno o a sus procedimientos.

En el sistema “democrático” son los críticos de arte quienes tienen la función de modelar —ya sea denostando o enalteciendo— al artista



que ofrece su obra a la estimación pública. Y parece mentira las contradicciones en que incurren. Tiempo atrás, por ejemplo, se presentó en Buenos Aires una pianista argentina de regreso al país luego de obtener resonantes triunfos en Europa. Los cotizados críticos musicales de nuestro medio coincidieron en una sola cosa: en retacearle su elogio. Pero lo sorprendente es que para uno de ellos la debilidad de la artista residía en lo que para el otro era inobjetable, y viceversa. Y es lamentable que, como ambos pertenecen a medios de difusión de alcances muy vastos —una televisora, un diario importante—, quienes hayan leído o escuchado una de esas críticas tendrán una imagen totalmente opuesta a los que se informaron por la otra.

De la misma manera, también hace poco tiempo, una exposición de artistas de la corriente *objetista* sumó a la vez elogios y denuestos por parte de afamados críticos. Los adjetivos fluctuaban entre "admirable" y "abominable". ¿Cómo se orienta el hombre común, dotado de tanta sensibilidad y sentido perceptivo como el que más, ante la contradicción que le presentan los "entendidos"? No podremos encontrar respuesta a este interrogante mientras el hombre no tenga, además de sensibilidad, un agudo sentido crítico que le sirva para confrontar sus propias valoraciones con las del crítico, en vez de admitir sin posibilidad de réplica la estimación que de una obra de arte hace el crítico especializado, tal como hoy ocurre.

Pensamos que a ello sólo se llegará el día en que la educación del niño y del adolescente se deshaga de sus características autoritarias, científicas y enciclopedistas, que anulan el sentido estético o, al menos, lo deforman. "Reconozcamos —dice Herbert Read— el hecho de que la gozosa expresión del ritmo, la armonía y el color nada tiene que ver con la lógica, la razón, la memoria y demás fetiches intelectuales. No es que yo sea antiintelectualista; tampoco digo que debemos fiarnos de los instintos en todos los asuntos de la vida. Digo, sí, que nuestro sistema pedagógico se inclina excesivamente hacia el lado intelectual; que la racionalización del niño neutraliza su impulso estético y que a ella se debe la triunfante fealdad de nuestra época".

Hoy es más importante para muchos artistas en ciernes frecuentar ciertos cenáculos, vestirse de una manera especial, usar "barbita" y militar en cualquier partido extremista —de izquierda o de derecha—, que la dedicación, el trabajo responsable o la contemplación fecunda. Campea en ellos un escepticismo total frente a toda virtud o norma moral. Es una vida sin pasado —cosa que no nos inquieta tanto—, pero también sin futuro. El compromiso con la sociedad, que muchos dicen asumir, es simple palabrerío, sin significación. Cobra más bien la forma de una completa desconexión con el mundo y con los problemas del presente. Un halo de nihilismo cubre todas sus actitudes: frente al porvenir, ante el amor y aun respecto de sí mismos.

Esa iracundia, ese continuo renegar de la sociedad y de sus compromisos, quizá sean lógicos y saludables en los adolescentes, y hasta debemos reconocer que hoy viven más de acuerdo con su edad que hace una década. El peligro surge cuando esa edad irresponsable se prolonga mucho tiempo y llega hasta la madurez, cosa muy frecuente en nuestros días. Podría argumentarse en favor de esa actitud que los jóvenes no son los creadores y, por lo tanto, los responsables de la sociedad en que viven. Pero aunque la apreciación sea exacta no soluciona el problema

de construir una nueva sociedad más libre, justa, fraternal, humana. Y un arte sin los estigmas que señalamos no podrá existir si no se superan los males que hoy lo aquejan. Creemos que ese día llegará; como creía William Morris, cuando decía: "Atareados por la labor que tenemos entre manos, la mayoría de nosotros no se deja acuciar gran cosa por la impaciencia de lograr progresos considerables y visibles; pero, servidores de una causa, alienta en nuestro pecho la esperanza, y ésta, dando alas a nuestra visión, la hará saltar por sobre el lento transcurrir del tiempo y nos hará vislumbrar el día victorioso en que los millones de hombres que hoy viven en la oscuridad serán tocados por la luz de un Arte hecho por el pueblo y para el pueblo, delicia de quien lo crea y de quien lo goza".

Quizá el camino no sea tan largo; quizá sus escollos no sean tan duros. Sólo hay que iniciarlo; pero, eso sí, el primer paso debe ser *volver al hombre*.

---

## RECONSTRUIR publicará en el próximo número:

- **EDGAR BALPERVI:** Sentido de la convivencia.
- **Dr. JUAN B. DICHARA:** Mentalidad primitiva, magia y totemismo, en la sociedad contemporánea.
- **JULIO CUPETA:** Proyección social de nuestro teatro.
- **AGUSTIN SOUCHY:** Los nuevos Estados africanos.
- **THEODORE DRAPER:** Los orígenes de la crisis dominicana.
- **IGNAZIO SILONE:** Confrontación de ideas.
- **ANDRE RESPAUT:** Pedro José Proudhon.
- **HERBERT READ:** Antología. Los síntomas de la decadencia.
- **JACINTO CIMAZO:** Calendario. Trigésimo aniversario de la organización libertaria argentina.
- **AUTORES VARIOS:** La letra viva.



# Saint - Simon y la explicación clasista de la historia

Por el Dr. Angel J. Cappelletti

Saint-Simon, descendiente de Caromagnano, discípulo de D'Alembert y maestro de Comte, es probablemente el primer pensador que intenta una explicación de la historia en función del concepto de clase social.

Esta primera explicación clasista y económica de la historia, que encontramos desarrollada en el *Catéchisme des industriels* (1823-1824), debe entenderse naturalmente encuadrada en el total contexto de una filosofía de la historia universal, pero constituye de por sí un importante punto de referencia para comprender el desarrollo posterior de la teoría de las clases sociales y, muy particularmente, para comprender el origen del materialismo histórico.

Saint-Simon nació en 1760, ingresó en la carrera militar en 1776, viajó a América del Norte en 1779 y allí sirvió a las órdenes de Washington. Más tarde presentó al virrey de México el proyecto de un canal entre el Atlántico y el Pacífico. Mal acogido, regresó a Francia y reingresó en el ejército donde se le dio el grado de coronel. Pero disgustado por la ociosidad y la rutina de esa vida militar, volvió a partir en 1785 a Holanda, donde estuvo a punto de embarcarse para la India. Más tarde fue a España y allí, de acuerdo con el conde de Cabarrus, director de la Banca San Carlos, se empeñó en llevar adelante otro gran proyecto: la construcción de un canal entre Madrid y Barcelona. El advenimiento de la revolución francesa lo hizo fracasar. (Más tarde sus discípulos, encabezados por Enfantin, presentan a Mehemet Bajá, por intermedio del vicecónsul francés Fernando de Lesseps, el proyecto del Canal de Suez, que luego el mismo Lesseps realiza, aunque sin los sansimonianos.)

Al retornar a Francia, Saint-Simon no quiso mezclarse en la revolución, pues por una parte estaba persuadido que el antiguo régimen no podía mantenerse y por otra no podía avenirse a la violencia revolucionaria. Se dedicó mientras tanto a especular con la venta de las tierras públicas en sociedad con un conde alemán, llamado Redern. A partir de 1797 concibió "el proyecto de abrir un paso general a la ciencia", esto es, de unificar, mediante un principio adecuado, todas las ciencias. Para llevar a

cabo tan ambiciosa tarea comenzó por estudiar las ciencias físicas y también (hecho notable que demuestra el influjo historicista en su pensamiento) la historia de las ciencias. Asistió a los cursos de la Escuela Politécnica primero y a los de la Facultad de Medicina después, tratando de integrar los conocimientos de "la física de los cuerpos brutos", adquiridos en la primera, con los de "la física de los cuerpos organizados", que le proporcionó la segunda. Al firmarse la paz de Amiens hizo un viaje a Inglaterra con el objeto de conocer los trabajos de unificación y reorganización de las ciencias que allí se realizaban. Con gran desilusión pudo comprobar que tales trabajos no existían y que los ingleses no tenían ninguna idea importante que aportar a su proyecto. En cambio, de su siguiente viaje por Alemania trajo la convicción de que, aun cuando la ciencia se hallara allí todavía en su infancia, por cuanto se basaba en principios místicos, realizaría pronto notables progresos y se encaminaría a grandes pasos hacia su verdadera meta.

Al regresar de estos viajes se casó con Mademoiselle de Champgrand. El matrimonio no duró mucho, pero mientras duró, Saint-Simon supo aprovecharlo de algún modo para su formación científica, pues en su casa acogió generosamente a sabios y pensadores, cuyas conversaciones y debates presenció, incansable y ávido.

Este mecenazgo acabó con los restos de su fortuna y desde entonces su situación económica fue casi siempre difícil. El descendiente de Carlomagno, el afortunado especulador, el coronel del ejército llegó a aceptar un modestísimo empleo de escribiente en el Monte de Piedad, hasta que la generosidad de Diard, un viejo amigo, le brindó un refugio seguro y una casa donde poder trabajar tranquilamente.

Al año siguiente de su matrimonio, cuando ya tenía cuarenta y dos años de edad, publicó Saint-Simon su primer libro, *Lettres d'un habitant de Genève* (1802). Le siguieron luego *Introduction aux travaux scientifiques du XIX siècle* (1807-1808), *Lettre au Bureau des Longitudes* (1808), *Esquisse d'une Nouvelle*

*Encyclopédie* (1810), *Memoire sur la science de l'homme* (1813) y *Travaux sur la gravitation universelle* (1813), a las cuales hay que agregar unos *Essais sur l'organisation sociale* (1804), que permanecieron inéditos hasta el presente siglo. Más adelante aparecieron *De la réorganisation de la société européenne* (1814), en colaboración con A. Thierry; *L'Industrie* (1816-1818), también en colaboración con A. Thierry y también con A. Comte; *L'organisateur* (1819-1820); *Système industriel* (1821-1822); *Catéchisme des industriels* (1823-1824); *Opinions littéraires, philosophiques et industrielles* (1825) y *Le Nouveau Christianisme* (1825), obra póstuma, además de otros escritos menores.

La *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, cuyo *Discours préliminaire* había escrito precisamente D'Alembert, maestro de Saint-Simon, suponía ya el propósito de organizar y unificar todos los conocimientos humanos. "La obra que iniciamos (y que deseamos concluir) —dice D'Alembert— tiene dos propósitos: como *Enciclopedia*, debe exponer en lo posible el orden y la correlación de los conocimientos humanos, como *Diccionario razonado de las ciencias, de las artes y de los oficios*, debe contener sobre cada ciencia y sobre cada arte, ya sea liberal ya mecánica, los principios generales en que se basa y los detalles más esenciales que constituyen el cuerpo y la sustancia de la misma". Pero este propósito, tal como se expone y sobre todo tal como se realiza, no satisface a Saint-Simon. Según él, las ciencias no han pasado todavía de su etapa conjetural y mística a su etapa positiva y no han logrado su unificación, aún cuando hayan dado ya varios pasos importantes en tal sentido, desde Sócrates a Condorcet pasando por Descartes y Bacon. Él cree haber encontrado el principio de la unidad de las ciencias (y por "ciencia" entiende tanto la ciencia natural como la social o moral) en la ley de gravitación universal, descubierta por Newton. Dicha ley, tal como la interpreta Saint-Simon, nos demuestra la unidad de la Naturaleza y de la Historia. Por medio de ella se propone constituir, en consecuencia, una omniabarcante síntesis del saber humano.

"Creía que se necesitaba un saber universal, expresado en tres grandes formas: las artes, las ciencias de la naturaleza y la ciencia de la moral. Era necesario unir las tres y sistematizarlas en una nueva enciclopedia, que fuese expresión del espíritu de la nueva era frente a la de D'Alembert y Diderot, y

también se necesitaba materializarlas en instituciones, en grandes academias de artistas, sabios naturalistas y sabios morales y sociales", dice Cole<sup>1</sup>. Por tal razón ya en su primera obra propone una Asamblea de hombres de ciencia de todo el mundo, que se denominará el "Consejo de Newton", y unos años más tarde esboza el plan de la "Nueva Enciclopedia".

De hecho, quizás por las ingentes dificultades del proyecto y la urgencia de los problemas sociales, Saint-Simon se limitó a esbozar una ciencia unificada del hombre. En su *Memoire sur la science de l'homme* propone la idea de una "fisiología social", ciencia que deberá estudiar las relaciones inter-humanas al modo de los movimientos del cuerpo físico orgánico, es decir, como si fueran hechos fisiológicos. De esta manera preanuncia ya la "sociología" o, por mejor decir, la "dinámica social" de Comte. Como éste, en efecto, quiere para tal ciencia un método empírico, libre de todo presupuesto metafísico, aun cuando, de hecho, ya la idea básica y constitutiva por la cual se traspone la "fisiología" (o ciencia del cuerpo orgánico) a la Sociedad, no es sino un claro presupuesto metafísico.

Más aún que en su discípulo Comte, el carácter dinámico de esta "ciencia del hombre" y la conciencia de la esencial realidad del devenir histórico, hacen que en Saint-Simon la proyectada "fisiología" desemboque en una Filosofía de la Historia y, hasta cierto punto, en un historicismo. De tal modo, aunque su punto de partida sea totalmente distinto al de Hegel (pues parte de D'Alembert y Condorcet y no de Kant y Schelling, como aquél), su trayectoria lo lleva a encontrarse con Hegel en muchos puntos.

La Sociedad es un todo orgánico, cuyo proceso fisiológico y cuyas leyes inmanentes estudia la Historia, esto es, la Filosofía de la Historia.

Saint-Simon se manifiesta contrario al derecho natural y a la idea de un estado puro de la humanidad, salida (de manos de Dios o de la naturaleza) sin corrupción y luego pervertida por su propia culpa. El estado puro de la humanidad coincide para él con su condición meramente biológica. El hombre originario no es sino un animal que llega a superar su animalidad a través de su propia acción, concretada en el creciente y progresivo perfeccionamiento de su vida social.

<sup>1</sup> G. D. H. Cole: *Historia del pensamiento socialista - I - Los Precursores*, México, 1957, p. 47.



Al igual que Hegel no acepta Saint-Simon la idea de un progreso lineal. En la Historia (que él identifica, por lo general, a diferencia de los actuales filósofos de la Historia, de Spengler a Toynbee, con la Historia de Occidente, aunque en la *Memoire sur la science de l'Homme* se refiere también a Egipto, los árabes, los incas, los aztecas, etc.) se dan alternadamente épocas positivas y negativas. Las primeras son épocas constructivas, sintéticas y orgánicas. Se caracterizan, sobre todo, por la unidad del pensamiento y de la valoración y por el equilibrio social. Las segundas son destructoras, analíticas y críticas. Y se distinguen por el caos cognoscitivo y axiológico y por el profundo desequilibrio social.

La primera época orgánica es la antigüedad greco-romana. A ésta le siguió el período de la invasión de los bárbaros y la disolución del Imperio, que constituyó, a su vez, la primera edad crítica.

La segunda edad orgánica es el Medioevo, al cual le sigue una segunda época crítica, que se inaugura con el Renacimiento y la Reforma y culmina con la Revolución Francesa.

La tercera edad orgánica está a punto de llegar y todos los esfuerzos de Saint-Simon se dirigen a preparar su advenimiento.

Cada una de las edades constructivas supera a la anterior y significa un enriquecimiento y a la vez una superación. Tal superación, sin embargo, no se logra sino a través de los períodos de análisis y crítica, que son necesariamente épocas de negación y destrucción.

Así el Medioevo, que instituye una organización eclesiástica y logra la unidad de Europa sobre la base de una fe común, supera sin duda a la Antigüedad, cuya organización era, sobre todo, militar. La nueva edad orgánica, la Edad industrial, superará a su vez enormemente al medioevo, por su organización fundada en el valor y el mérito del trabajo humano.

El motor de toda superación y progreso sigue siendo para Saint-Simon, como para sus maestros enciclopedistas, el avance de la ciencia y del conocimiento, esto es, "las luces".

Las épocas críticas tienen por objeto analizar, "criticar" y disolver la estructura social superada por "las luces" con las armas que las mismas "luces" proporcionan. Deben destruir las leyes y las instituciones existentes para que puedan surgir nuevas, en consonancia con el superior nivel del conocimiento humano. Tales caracteres se aplican especialmente a la época que va desde el Rena-

cimiento hasta nuestros días. En este período fue necesario luchar contra la superstición y el privilegio. Tal objetivo se logró por obra de hombres como Lutero, Descartes y los enciclopedistas. Ahora la tarea es reencontrar la unidad perdida y dar lugar a una nueva época orgánica.

Esta Filosofía de la Historia, en su esquema general, no deja de recordarnos, por una parte, la famosa "ley de los tres estadios" de Comte, con sus períodos teológico, metafísico y positivo. Sin embargo, si se tiene en cuenta el papel asignado a las épocas críticas y destructoras, a la negatividad, en el proceso histórico, más que la pseudo-ley positivista, que implica un desarrollo constante, uniforme y lineal, la filosofía sansimoniana de la historia se aproxima a la concepción de Hegel. Aunque, naturalmente, las cosas no hayan sido planteadas así por Saint-Simon mismo y aun cuando habría que distinguir, sin duda, planos y perspectivas, parece posible formular dialécticamente el esquema sansimoniano entendiendo la Antigüedad como tesis, la época de la invasión de los bárbaros como antítesis y el Medioevo como síntesis, la cual constituye, a su vez, una nueva tesis, cuya antítesis es el período del Renacimiento, la Reforma y la Revolución francesa, que encontrará su síntesis en la augurada y propiciada Edad Industrial.

A esta Filosofía de la Historia se vincula o se adhiere una explicación clasista y económica, referida especialmente a Francia, aunque analógicamente aplicable a los otros países de Europa occidental.

Marx que, según lo ha señalado Gurvitch<sup>2</sup>, antes de emigrar a Francia debió haber leído todas las obras de Saint-Simon, ha elaborado sin duda bajo la influencia de éste y a partir de éste su doctrina del materialismo histórico. Sin embargo, parece de todo punto de vista exagerada la tesis del citado sociólogo francés, según la cual Marx "saltó en línea recta de Saint-Simon y del sansimonismo" y "de Hegel sólo toma la terminología, no siendo el hegelismo de izquierda otra cosa que la influencia sansimoniana (abiertamente confesada en algunos hegelianos)"<sup>3</sup>. En realidad, Marx es, ante todo, un hegeliano, que asimila la doctrina sansimoniana en la medida en que ésta tiene algo de común con Hegel y que de acuerdo con la dialéctica crítica aquella doctrina, especialmente en lo

<sup>2</sup> G. Gurvitch: Los fundadores franceses de la sociología contemporánea: Saint-Simon y Proudhon, Buenos Aires, 1958, p. 32.

<sup>3</sup> Op. cit., p. 17.

que toca a la constitución y desarrollo de las clases sociales.

La explicación clasista de la historia que Saint-Simon desarrolla en el *Catechisme des industriels* presenta los siguientes caracteres en relación con el materialismo histórico:

- Se trata de una explicación basada en la noción de clase social, pero no presenta una verdadera determinación conceptual o una definición de la misma. Marx determina esta noción en función de las relaciones de producción.
- Se trata de una explicación basada en la existencia y el movimiento de las clases, pero no, en modo alguno, en la lucha de clases, según sucede en el materialismo histórico de Marx.
- Se trata de una explicación que tiende a instaurar un cambio más que económico, financiero, pues el propósito fundamental y la meta última no es la socialización de los medios de producción y, menos aún, la abolición de la propiedad privada, como para Marx, sino sólo un cambio en la administración de los bienes públicos (que se ha de encomendar a los industriales).
- Se trata de una explicación clasista en la cual se introduce un elemento ajeno al concepto de clase: el elemento "raza" o tal vez "nación", cosa que no ocurre para nada en la explicación marxista.

Saint-Simon, al igual que Marx, no elabora una filosofía de la Historia sino para fundamentar la acción social. Está convencido de que "su importancia es tal que debe cambiar totalmente el aspecto de las cosas en política, que debe imprimir a la política un carácter enteramente nuevo, que debe cambiar la naturaleza de esta rama de nuestros conocimientos"<sup>4</sup>.

No considera, al principio, sino la existencia de dos clases: la de los productores, que son gobernados y la de los ociosos, que son gobernantes. Los primeros reciben el nombre de "industriales" (nombre que el mismo Saint-Simon inventa); los segundos, el de nobles o aristócratas. En su etapa primitiva la sociedad de clases en Francia, asumía, pues, la forma del puro feudalismo. Más adelante, sin embargo, a expensas de la nobleza, surge una tercera clase, compuesta por juristas, militares, terratenientes, que constituyen la burguesía.

<sup>4</sup> Las citas corresponden a la traducción castellana de Luis David de los Arcos: *Catechismo político de los industriales*, Buenos Aires, 1960.

La clase de los industriales forma al presente las veinticuatro veinticinco avas partes de la población del país. Ello se explica fácilmente cuando se tiene en cuenta lo que Saint-Simon entiende por "industrial": "Un industrial —dice— es un hombre que trabaja en producir o en poner al alcance de la mano de los diferentes miembros de la sociedad uno o varios medios materiales de satisfacer sus necesidades o sus gustos físicos"<sup>5</sup>.

Según esta definición caben dentro de la clase de los industriales no sólo quienes producen los bienes o proporcionan directamente los servicios sino también quienes distribuyen ("ponen al alcance de la mano") dichos bienes o servicios. Quedan, en cambio, excluidos de ella quienes producen bienes "no materiales", esto es, los filósofos, los artistas y los sabios. (Estos son admitidos, sin embargo, en otras obras de Saint-Simon entre los dirigentes de la Sociedad futura, aunque siempre subordinados a "los más importantes industriales".) La definición es, por lo demás, lo suficientemente amplia como para admitir entre los productores o "industriales" no sólo a quienes satisfacen "necesidades" sino también a quienes satisfacen "gustos", siempre que se trate de "gustos físicos".

De la amplitud de la definición (que es, sin duda, su mayor defecto para Marx) se infiere que en la clase de los industriales tienen cabida: 1) los agricultores, 2) los artesanos, 3) los obreros, 4) los empresarios industriales, 5) los comerciantes, 6) los transportistas.

Saint-Simon explícitamente reconoce en dicha clase tres subespecies: 1) los cultivadores (agricultores), 2) los fabricantes (artesanos, obreros, empresarios) y 3) los negociantes (comerciantes y transportistas).

Según él "un cultivador que siembra trigo, que cría aves o animales domésticos es un industrial; un operador, un herrero, un cerrajero, un carpintero, son industriales; un fabricante de zapatos, de sombreros, de telas, de paños, de cachemira, es igualmente un industrial; un negociante, un carretero, un marino empleado a bordo de buques mercantes, son industriales". A lo cual agrega: "Todos los industriales reunidos trabajan para producir y poner al alcance de la mano de todos los miembros de la sociedad todos los medios materiales para satisfacer sus necesidades o sus gustos físicos, y forman tres grandes clases que se llaman los cultivadores, los fabricantes y los negociantes."

<sup>5</sup> La Autobiografía de Saint-Simon, que tiene un carácter fragmentario, está incluida en la antes citada traducción del *Catechismo*.



El empleo del término "clase" en este último texto nos demuestra el carácter ambiguo o, por lo menos, inespecífico de su uso por parte de Saint-Simon.

De hecho Marx, al especificar y determinar su significado, advierte las contradicciones que evidentemente contiene el término e infiere que la clase "industrial" no es una clase sino un conjunto de clases. En especial toma conciencia de la contradicción existente entre los obreros por una parte y los empresarios por la otra. Empresarios y comerciantes pasan así a engrosar las filas de la clase burguesa, esto es, de la clase no productora, que es la clase dirigente dentro del sistema liberal. Esto, naturalmente, supone una nueva teoría del trueque comercial e implica la teoría de la plusvalía.

Para la sociedad de su época Marx admite, de todos modos, la existencia de tres clases principales: la de los nobles (ya en plena decadencia), la de los burgueses (instalados en el poder, pero a punto de perderlo) y la de los obreros (aún en el llano, pero cuyo destino es ascender). Estas tres clases corresponden a las tres clases de Saint-Simon, pero con sus límites interiores trasmutados: la frontera de la clase inferior debe restringirse (a los obreros), la de la clase burguesa debe extenderse (a los empresarios y comerciantes).

En todo caso en la sociedad contemporánea la oposición principal, que significa una verdadera e incesante lucha, se da para Marx entre dos subespecies o sectores de la clase industrial de Saint-Simon, esto es, entre obreros y empresarios-capitalistas, mientras para el mismo Saint-Simon, se da entre industriales (obrero, empresarios-capitalistas, etc.) y burgueses (rentistas, abogados, funcionarios, militares, etc.) y no tiene el carácter de una lucha sino de un enfrentamiento que puede y debe hallar solución pacífica dentro de la legalidad.

Para Saint-Simon "la clase industrial debe ocupar el primer rango por ser la más importante de todas, porque puede prescindir de todas éstas, sin que éstas puedan prescindir de aquélla, porque subsiste por sus propias fuerzas, por sus trabajos personales". (En su famosa "Parábola" Saint-Simon trataba de demostrar la ruinoso consecuencia que tendría para el país la desaparición de sabios, banqueros, agricultores, comerciantes, artesanos y, al mismo tiempo, el efecto nulo de la desaparición de cortesanos, aristócratas, políticos, clérigos, funcionarios, jueces, militares y rentistas).

Pero esto no significa sino una reordenación de la estructura de clases, de ningún modo el postulado de una socie-

dad sin clases, al que llegará luego Marx.

Tal ordenación, lejos de suponer insurrección y revuelta, lejos de lograrse a través de una revolución, implica el afianzamiento de la tranquilidad y de la paz social, que no podrá ser duradera mientras los industriales más importantes no se encarguen de administrar la riqueza pública.

Las razones aducidas para ello son de carácter principalmente financiero: en general toda sociedad tiende a ser gobernada lo menos posible, lo más barato posible y por los hombres más capaces de asegurar la tranquilidad pública. Pero el único medio de satisfacer esta tendencia consiste en confiar la administración de la hacienda pública a los industriales más importantes porque éstos: 1) tienen el mayor interés en mantener la tranquilidad, 2) tienen el mayor interés en restringir los gastos públicos, 3) tienen el mayor interés en limitar toda arbitrariedad, 4) tienen la mayor aptitud para administrar, pues han dado prueba de ello con el éxito obtenido en sus propias empresas particulares.

Para comprender la diferencia que media entre Saint-Simon y Marx respecto a la teoría de las clases sociales nada mejor que comparar los cuadros que ambos nos presentan de la sociedad europea en la primera mitad del siglo XIX. Mientras Marx, en páginas ya clásicas, analiza los procesos económicos que dan lugar a la mísera condición de la clase obrera y a la explotación capitalista en su faz más aguda, Saint-Simon se limita a una perspectiva rentística y financiera. Los burgueses —dice— hicieron la revolución (de 1789) y la usufructuaron; anularon el derecho de los aristócratas a explotar exclusivamente en provecho propio la riqueza pública, pero, habiéndose incorporado a la clase superior o gobernante, hoy los productores (industriales) deben sostener a aristócratas y burgueses a la vez, de manera que si antes de la revolución las contribuciones llegaban a 500 millones, al presente ascienden a 1.000, sin contar los frecuentes empréstitos que el gobierno solicita.

Saint-Simon cree, por lo demás, que los medios violentos sólo sirven para destruir y que, siendo "el acto de investir a los más importantes industriales con la dirección suprema de los intereses pecuniarios de la nación" un acto eminentemente constructivo, ya que "servirá de base a un edificio social completamente nuevo", deberá realizarse por medio de la persuasión. Se esfuerza, por eso, en "catequizar" primero a los industriales y luego a las demás clases, sin excluir al

propio rey, sobre las ventajas que el cambio traerá a la nación.

Como todos los socialistas franceses y como el mismo Marx, considera, sin embargo, que la construcción de ese "edificio social completamente nuevo" (que es el socialismo) "acabará la revolución" (de 1789), es decir, completará lo que a ésta le faltaba en el orden social. Es claro, sin embargo, que a diferencia de Jean Jaurés y de Pedro Kropotkin, la interpretación sansimoniana de la revolución francesa se sitúa en la línea de la historiografía corriente, al considerarla como la revolución burguesa por excelencia. "Cuando se estudia el carácter de los industriales y la conducta que han observado durante la revolución, se reconoce que son esencialmente pacíficos" dice. Justifica así su propia actitud pasiva frente a los acontecimientos revolucionarios, según la describe en un fragmento autobiográfico: "Cuando regresé a Francia, la revolución ya estaba iniciada: no quise mezclarme en ella, pues si por un lado estaba convencido de que el antiguo régimen no podía continuar, por el otro siempre he sentido aversión por la destrucción y allí no cabían términos medios". Entregado "a las especulaciones sobre la venta de dominios nacionales", se considera a sí mismo como un "industrial"; no ya como un "noble" y, menos aún, como un "burgués".

Así, pues, según Saint-Simon, los que hicieron la revolución no fueron los obreros, artesanos o campesinos, ni tampoco los especuladores, sino los "burgueses", esto es, "los militares que no eran nobles, los legistas que eran plebeyos, los rentistas que carecían de privilegios".

Aquéllos, los industriales, no desempeñan sino un papel secundario en la vida política, carecen de un partido propio y aunque se inclinan más hacia la izquierda que hacia la derecha, porque las ideas de los burgueses contradicen menos que las de los nobles el ideal igualitario que los mueve (y por eso Saint-Simon es, sin duda, un socialista), no por eso se deja llevar por la ideología liberal, propia de la burguesía. En verdad, por sobre todo, quieren tranquilidad para poder trabajar. Por consiguiente, huyen de los extremos y se colocan siempre en el centro (ya centro izquierda, ya centro derecha). En ningún caso propician cambios violentos (y por eso Saint-Simon es, sin duda, un reformista y, en el fondo, un conservador).

De cualquier manera, su explicación de la Historia de Francia se formula en función del origen y desarrollo de la cla-

se industrial en relación con las otras clases. Para ello divide la Edad media y moderna en cuatro épocas: 1) Desde la conquista de la Galia por los francos hasta la primera cruzada. 2) Desde el reinado de Luis XII hasta el de Luis XIV inclusive. 3) Desde la muerte de Luis XIV hasta el establecimiento del sistema de crédito. 4) Desde entonces hasta el presente (siglo XIX).

1) Los invasores francos se impusieron a los indígenas galos y se mezclaron con ellos, formando la nación francesa. Pero los francos, como conquistadores, pasaron a ser la clase dominante y los galos se transformaron en clase dominada o sujeta. "Los francos, que eran los jefes militares de la nación, eran, al mismo tiempo, los directores de los trabajos industriales: casi todas las tierras les pertenecían; también se habían apoderado de los instrumentos de la cultura, a cuya cabeza figuraban los galos, los cuales, por estar apegados a la tierra (gleba) formaban la primera clase de los animales domésticos".

Por un lado, pues, los francos, jefes militares, propietarios; por el otro, los galos, siervos de la gleba o artesanos reducidos a la servidumbre. Estos últimos, sin embargo, comenzaron a adquirir cierta importancia y a formarse un peculio cuidadosamente ocultado. Los señores feudales (francos) tuvieron que gastar grandes sumas durante las cruzadas y sus ingresos les resultaban insuficientes. Para procurarse dinero debieron conceder algunas libertades y privilegios a aquellos miembros de la clase sujeta (galos) que pudieran dárselo. Entre éstos, los que más franquicias adquirieron por tal medio fueron los artesanos que, como se dijo, habían podido, más que los otros, formarse un peculio propio. Los señores feudales llegaron a vender sus tierras a miembros de la clase sujeta y de esta manera las cruzadas trajeron como consecuencia "la formación de la clase industrial en cuanto clase distinta de la clase militar".

Esta última clase fue creciendo en importancia por su economía y laboriosidad en el período que va desde la última cruzada hasta el advenimiento de Luis XI.

Por otra parte, las cruzadas también determinaron "el perfeccionamiento y acrecentamiento, en extensión y multiplicidad, de los trabajos industriales". Los aristócratas, al mismo tiempo que se arruinaban en sus expediciones a Oriente, traían de allí nuevos gustos y originaban una hasta entonces inusitada demanda de objetos suntuarios, armas, telas, etc. Asimismo, el contacto con Asia promovió el comercio exterior. De tal ma-



nera, hacia el final de esta época la clase de los industriales se componía de las siguientes subclases (que Saint-Simon llama aquí "estamentos"): a) Ex miembros de la clase sujeta (galos) que han llegado a ser propietarios de tierras y las cultivan. b) Artesanos que han dejado de ser siervos y se han agrupado en las ciudades. c) Comerciantes, importadores de productos asiáticos a Francia y, al mismo tiempo, exportadores de productos franceses a Oriente.

2) Los reyes en el siglo xv han adquirido ya gran fuerza en relación a la primera época (de la conquista de las Galias por los francos). Entonces no eran sino generales de un ejército integrado por bandadas armadas, cuyos jefes los elegían. Pero Luis XI, tomó plena conciencia del carácter precario de la institución de la realeza. Se dio cuenta de que ésta carecía aún de toda estabilidad, pues la soberanía estaba realmente en manos de los barones o señores feudales y el rey no tenía sino un primado de honor entre ellos: como entre los antiguos jefes de la horda franca era sólo "primus inter pares". Los señores feudales, de hecho, podían exaltar al trono y también destrinarlo a su gusto. Advirtió, en fin, que en Francia los nobles unidos eran más poderosos que el rey y que, dentro del régimen feudal, éste no tenía otro medio para mantener su dominio sino el procurar que entre aquéllos reinara la discordia y al mismo tiempo buscar la alianza y el apoyo de los más fuertes entre los mismos. Concibió luego el proyecto de unificar la repartida soberanía, concentrándola en manos del rey; de suprimir, en consecuencia, el feudalismo y la institución de la nobleza; de acabar con la supremacía de los francos sobre los galos y de erigirse en rey de éstos antes que ser sólo jefe honorario de aquéllos. Para llevar adelante este proyecto no contaba con el apoyo de ninguna clase social y por eso se vio precisado a buscarlo. Necesitaba una lo suficientemente poderosa como para oponerse a los nobles y con intereses coincidentes con los de la realeza. Encontró lo que buscaba en los "industriales". Estos querían la concentración del poder en manos del rey porque veían en ello el medio de suprimir los obstáculos que la división del territorio en numerosos señoríos imponía al comercio interior. Por otra parte, deseaban desplazar a los nobles y, asociándose a la realeza, convertirse en la primera clase de la nación, no sólo por pura ambición de poder sino también por las ventajas materiales que ello podría reportarles, ya que "la ley siempre favorece a quienes la hacen".

De este modo en el siglo xv, por obra de Luis XI, se produjo en Francia una alianza entre la realeza y la clase industrial contra la nobleza; entre el rey y los descendientes de los conquistados galos contra los descendientes de los conquistadores francos.

La lucha duró más de doscientos años. Recién al cabo de ellos los nobles dejaron de dirigir la industria y el rey Luis XIV los vio en sus antecámaras, sumisos, solicitando un empleo en la corte. La clase industrial no tuvo desde entonces otros jefes más que aquellos que, salidos de sus propias filas, sobresalieron por su capacidad o su fortuna. Sin embargo, los medios de que los industriales se valieron para liberarse del dominio de los nobles fueron muy distintos de los que antes se estilaban. Todo se hizo por negociación y una serie de transacciones sustituyeron la revolución y la guerra de conquista. El proceder de los industriales es así descrito por Saint-Simon: "Los industriales, los galos, entregados al cultivo, fueron a los castillos, para hablar con los gentileshombres y, poco más o menos, utilizaron este lenguaje: Lleváis una vida muy triste en el estado de aislamiento propio del campo; el cuidado de dirigir el cultivo de vuestras propiedades no es ocupación digna de vuestro alto linaje; arrendadnos vuestras tierras y podéis pasar los inviernos en las ciudades y los veranos en el campo, sin que jamás debáis ocuparos de otra cosa que de vuestro placer; en las ciudades, nuestros colegas los fabricantes se apresurarán a haceros los más ricos y cómodos muebles; nuestros colegas los mercaderes os ofrecerán en sus tiendas telas más convenientes para hacer resaltar los encantos de vuestras esposas, y nuestros colegas los capitalistas os prestarán dinero cuando lo necesitéis. En verano, cuando vengáis a vuestros castillos no tendréis más que ocuparos del placer de la caza, mientras vuestras esposas se divertirán haciendo cultivar flores en sus parterres."

Los señores feudales aceptaron la propuesta y desde entonces dejaron de ser los directores de la labor productiva de la nación.

Antes de la formación de la clase de los industriales había dos clases: la que mandaba y la que obedecía. Pero la nueva clase tenía un carácter totalmente nuevo: no quería mandar ni tampoco obedecer.

Es verdad que Luis XIV hizo grandes dispendios y se preocupó demasiado por la gloria guerrera, pero no por eso se debe creer que dejó de prestar servicios importantes a la industria. Entre otras cosas creó la Academia de Ciencias cuya

principal misión es la de iluminar y ayudar la labor industrial.

3) Hacia el final del reinado de Luis XIV, agricultores, fabricantes y comerciantes, antes integrados en corporaciones diferentes, se unieron política y financieramente a causa de una nueva rama de la industria, "cuyos intereses particulares están en perfecto acuerdo con los intereses comunes de todos los industriales". De esta manera se hizo posible el establecimiento del sistema de crédito.

Luis XIV había brindado su protección a la fabricación y el comercio; en consecuencia, ambas ramas de la industria se expandieron mucho, pero habiéndose multiplicado sus operaciones, se hizo cada vez más difícil pagar y cobrar. Tal tarea llegó a insumir buena parte del tiempo de los industriales. Para solucionar este problema surgió la industria bancaria. Desde entonces todos los movimientos de dinero se realizan por medio de los banqueros. Estos obtuvieron pronto gran crédito y para sacar provecho de él comenzaron a prestar dinero con interés a comerciantes y fabricantes, los cuales, a su vez, pudieron extender así sus operaciones. El resultado general del establecimiento de la banca fue el aumento de producción y de gusto (demanda) de las cosas confortables y, sobre todo, el incremento de la fuerza pecuniaria de la clase industrial que, desde entonces, sobrepuja en riqueza a todas las otras clases juntas e inclusive al gobierno. Este, sin embargo, continuó escogiendo a los administradores de la riqueza pública entre las otras clases, que estaban evidentemente en decadencia. Como consecuencia de las malas operaciones financieras que había ocasionado la revolución, en 1817 el tesoro nacional se hallaba en situación desesperada y el gobierno no podía afrontar los requerimientos internos ni cumplir con los compromisos exteriores. Entonces los banqueros propusieron al gobierno prestarle todo el dinero que necesitara con tal que: 1) desistiera de sus bárbaras costumbres financieras, no se declarara en quiebra y pagara a todos los acreedores con lealtad, como se hacía entre los industriales, 2) las condiciones del empréstito fueran negociadas entre ellos y los ministros, como un negocio entre particulares. Aceptada la propuesta, nació el crédito público y el gobierno real adquirió una solidez que nunca antes había logrado.

4) En nuestros días, dice Saint-Simon, la situación es la siguiente: Los descendientes de los galos se han liberado de la servidumbre y, dedicados a la industria, han llegado a ser por su trabajo pacífico más fuertes y poderosos econó-

micamente que los descendientes de los francos y a disponer de casi todo el dinero de la nación. Se han convertido, pues, en los más fuertes. Y, sin embargo, el gobierno está aún en manos de los descendientes de los francos y éstos son quienes administran la riqueza pública. En la sociedad de hoy se da entonces el extraño fenómeno de "una nación esencialmente industrial, cuyo gobierno es esencialmente feudal".

El desorden surge del hecho de que en ella haya instituciones de distinta naturaleza y principios antagónicos: los gobernados tienden a la mayor igualdad posible y creen que la riqueza pública debe ser administrada en provecho de la mayoría; los gobernantes quieren mantener para sí mismos los derechos del conquistador y juzgan que los bienes de la Nación han de ser usados en propio beneficio. Estos últimos sostienen la simple concepción política de que en el Estado hay y debe haber siempre dos clases; la que manda y la que obedece.

Fácil es advertir que hasta aquí en toda esta explicación de la Historia de Francia, explicación económica y clasista, la burguesía ni siquiera es mencionada. Sólo a modo de apéndice se refiere Saint-Simon a ella, para probar que esta clase "intermedia" está al presente junto a la nobleza y que sus intereses se identifican hoy substancialmente con los de aquélla.

Así como al explicar el origen y desarrollo histórico de la clase industrial se refiere a tres subclases (agricultores, fabricantes o artesanos y comerciantes) así ahora, al hacer lo mismo con la clase burguesa, considera en ella tres subclases que son: los letrados o legistas, los militares y los terratenientes rentistas. La primera de ellas surgió de la siguiente manera: Los señores feudales al principio administraban justicia a sus vasallos directamente. Cuando las relaciones sociales se complicaron y se introdujo la ley escrita, tuvieron que recurrir a los oficios de letrados y legistas, los cuales poco a poco fueron tomando en sus manos toda la función judicial.

La segunda se originó así: Al comienzo los nobles empuñaban por sí mismos las armas y dirigían los ejércitos. Cuando se descubrió la pólvora, ingenieros, fusileros y artilleros se incorporaron al ejército y formaron parte esencial del mismo. Como los señores carecían del adecuado conocimiento técnico, tales oficios militares fueron desempeñados por descendientes de los galos y éstos se convirtieron en militares profesionales.

La tercera apareció de este modo: Al principio los nobles eran dueños de toda



la tierra. Al marcharse a las Cruzadas tuvieron que vender una parte para cubrir sus gastos y enajenar así, aunque contra su voluntad, una parte de su soberanía. Quienes adquirieron dichas tierras son los terratenientes o rentistas (que no cultivan por sí mismos ni dirigen el cultivo de sus campos). La burguesía ha sido, pues, creada y engendrada en toda su extensión por la nobleza.

Es verdad que al principio tanto los legistas como los militares y los terratenientes, que integraban la clase burguesa, desempeñaron el papel de protectores del pueblo contra la nobleza. Pero en 1789 se valieron de aquél contra ésta y lograron que las masas populares se levantaran contra los nobles, de los cuales algunos fueron ejecutados y otros desterrados. De tal manera la burguesía se convirtió en la primera clase de la nación y desde entonces se volvió contra el pueblo. Eligió un rey de entre sus miembros; éste, a su vez, hizo príncipes, duques, condes, etc., a los burgueses que más se habían destacado en la revolución y de tal manera, la nueva clase gobernante, reconstituyó en provecho propio el feudalismo. Al presente los burgueses, junto con los nobles, oprimen a la clase industrial y, de hecho, no son sino nobles de segunda categoría. A los industriales les interesa tanto liberarse del peso de los nobles como del de los burgueses. Por eso la única alianza posible para ellos es con la realeza, al igual que se hizo en tiempos de Luis XI. El fin será lograr que "los más importantes entre los industriales integren la primera clase del Estado".

Cualquiera sea el valor que se deba en general atribuir a una explicación económica y clasista de la Historia, la que Saint-Simon nos ofrece no puede escapar, por cierto, a diversas y graves objeciones. En primer lugar, el punto de partida es arbitrario y seguramente insuficiente. Empezar por la invasión de los francos significa suponer de un modo implícito que antes de ese hecho no hubo en Francia clases, movimientos o conflictos de clases, choque y fusión de razas y nacionalidades, etc. Significa pasar por alto la organización socio-económica (por cierto no demasiado simple) de galos y celtas y de la Galia Romana. Por otra parte la directa y llana identificación de los francos con la clase señorial y de los galos con la servil resulta, sin duda, un tanto simplista.

Llama la atención asimismo el hecho de que el clero, considerado tradicionalmente en Francia como el segundo "estado" o estamento (cfr. Sièyes: *¿Qué es el tercer Estado?*) no desempeñe aquí papel

alguno y difícilmente pueda ser ubicado entre las clases mencionadas. El deseo de soslayar la "lucha de clases" hace incurrir por lo demás a Saint-Simon en explicaciones ingenuas e ideas contradictorias.

Entre las primeras están por ejemplo las pacíficas y razonables palabras que los industriales dirigen a los nobles para que les vendan sus tierras o los tan hermosos como sencillos argumentos de los banqueros a los industriales. Entre las segundas se cuenta la afirmación de que la clase de los industriales no quiere mandar ni obedecer. Toda clase, en la medida en que existe, tiende a mandar y no a obedecer. Por eso sólo una sociedad sin clases puede estructurarse sobre bases no de subordinación y obediencia sino de convivencia. Más aún, la falta de un concepto y de una definición del término "clase", hecho gravísimo si se considera el carácter clasista de esta explicación de la Historia, hace que Saint-Simon establezca una serie de falsas oposiciones y de falsas unidades. Opone así a industriales y burgueses, pero no advierte que el más grave conflicto de su época (esto es, de la época industrial) se da dentro de lo que él ingenua y confusamente denomina "clase de los industriales": el conflicto entre patronos industriales y obreros industriales.

La idea misma de una clase industrial, idea central en el sistema sansimoniano, encubre falacias inexcusables aun en 1824, cuando escribía su *Catéchisme des industriels*. La crítica socialista de la actividad mercantil, por ejemplo, había sido ya iniciada con penetración y en gran parte con acierto por Fourier en su folleto *Sobre las charlatanerías comerciales* (1808) y luego en otros varios escritos. En uno de ellos leemos: "El mecanismo mercantil está organizado contra el sentido común. Subordina el cuerpo social a una clase de agentes parásitos e improductivos: los negociantes. Todas las clases esenciales, el propietario, el labrador, el industrial y hasta el gobernante se encuentran dominados por una clase accesoría, por el negociante, que debía ser su inferior, su agente comisionista, amovible y responsable, y que, sin embargo, dirige y enreda a su voluntad todos los resortes de la circulación". Y, relacionando el comercio con la producción de bienes y con la industria, añade Fourier: "El comercio es el enemigo natural de las fábricas; fingiendo solicitud para proveerlas no trabaja en realidad sino para racionarlas. Así, en la mayoría de las ciudades manufactureras, está comprobado que el pequeño industrial que

no cuenta con capital, sólo trabaja para el comerciante, como con harta frecuencia el labrador sólo trabaja para el usurero, y el sabio de aldeas para el sabio de Academia, quien se digna publicar, firmándola, la obra que es fruto de los desvelos del Sabio pobre. En resumen, el comerciante es un corsario industrial, que vive a expensas del manufacturero, del productor. Confundir esas dos funciones es ignorar el alfabeto de la ciencia".

Y sin embargo, Saint-Simon las confunde o, por lo menos, coloca dentro de una misma clase (la clase industrial, activa o productora) al obrero, al artesano y al comerciante.

Más aún, cuando propicia para el futuro una Sociedad dirigida y administrada por "los más importantes entre los industriales", piensa, sin duda, ante todo en los comerciantes y banqueros tanto como en los empresarios y patronos industriales.

De este modo los jefes de la clase industrial ocuparán el primer lugar en el Estado, mientras obreros, artesanos y campesinos pasarán indefectiblemente al segundo, al tercero y aun al último puesto (como en la época de la conquista de los francos). Comerciantes, banqueros y empresarios constituirán una nueva nobleza y una nueva clase dominante tan opresiva o más que las anteriores.

Dejemos de lado el hecho de que Saint-Simon no quiera atacar los privilegios de la realeza (con lo cual fatalmente prepara el advenimiento de una nueva aristocracia de parientes, cortesanos, funcionarios, etc.). Lo importante y definitivo es aquí que la clase industrial ha de formar, como el mismo Saint-Simon dice, una pirámide. Esta pirámide industrial, opuesta en principio al Estado, llena paulatinamente las funciones del mismo y llega a constituir un nuevo Estado "más opresivo y gubernamental que cualquier otro", según observa Gurvitch<sup>7</sup>. Y den-

<sup>7</sup> Op. cit., p. 10.

tro de este nuevo Estado piramidal la base ha de estar formada por campesinos y obreros; el vértice, por comerciantes, banqueros y empresarios.

El ideal sansimoniano de una dirección de "los más importantes entre los industriales" se ha realizado, de todas maneras, sin intervención de la escuela de Saint-Simon y sin ninguna clase de socialismo, en los países super-capitalistas, como los Estados Unidos de Norteamérica. Allí los directores de las grandes empresas (industriales, comerciales, bancarias) llegaron a constituir no sólo un gobierno paralelo sino también la verdadera "sustancia" social de todo el gobierno representativo y republicano. Ellos son quienes directa o indirectamente manejan la riqueza de la nación, orientan su política económica y hasta proponen y desarrollan los planes de ayuda al exterior y las "alianzas para el progreso".

Es claro que el "socialismo" de Saint-Simon, esto es, su sincera aspiración igualitaria, no tiene allí ningún principio de realización, pero ello no hace sino demostrar la insuficiencia de su explicación clasista de la Historia.

Por otra parte, como ya lo hizo notar Gurvitch, en el leninismo, cuya fórmula para la edificación del socialismo es "electrificación más planificación", hay también un resabio sansimoniano: los sucesivos planes quinquenales hubieran llenado de entusiasmo al Maestro Saint-Simon y a sus discípulos. Y, viceversa, aun abolida la propiedad privada, en la Rusia Soviética burócratas y tecnócratas, desempeñan frente a la masa popular, que Saint-Simon no quería de ninguna manera ver en el gobierno (todo para el pueblo y por el pueblo, pero sin el pueblo) el mismo papel que esos empresarios y banqueros a los cuales considera "los más importantes entre los industriales" y que no pueden dejar de constituir, como hemos dicho, una nueva clase.



# Proudhon y la constitución del valor por el método cooperativo

Por Miguel Angel Angueira Miranda

*La idea fundamental, la categoría dominante de la economía política es el valor.*

J. P. Proudhon: CONTRADICCIONES ECONÓMICAS.

Hace justamente un siglo, muere en París el autor de *¿Qué es la propiedad?*, famosa *Memoria* de tan discutido como revulsivo efecto en su época. Desde entonces, y hasta los últimos días en su lecho de muerte en que dicta a su ejecutor testamentario el postrer capítulo de *Capacidad política*, lucha bravamente por esclarecer problemas claves que hacen a la sociología y a la cultura económica de su tiempo, que son todavía de *nuestro tiempo*.

Y uno de ellos se plantea finalmente en términos que ahora, a la luz de las revelaciones experimentales del Método y del Movimiento Cooperativo, se nos presenta con mayor claridad. El estudioso sin pretensiones como el sabio que aspira a profundizar los problemas sociales y anhela extraer formulaciones concretas o inspiraciones teóricas que promuevan la ciencia y el arte de la cooperación, han sabido hallar en el filón proudhoniano bases y puntos de partida positivamente fecundos para sus exploraciones, así como rectoras líneas ideales de orientación constructiva en la compleja y sensible trama de las cuestiones sociales, hoy de interés universal.

Uno de los problemas más debatidos en economía política, la *constitución del valor*, fue precisamente preocupación constante del gran polemista y genial explorador del pensamiento social avanzado, que a lo largo de un siglo de evolución, por momentos tumultuosa, ha tenido interesantes manifestaciones. Si citamos una sola, en este caso personal, de la actitud y la línea ideológica de Proudhon, en lo que a manifestaciones importantes se refiere, bastaría recordar su histórica carta a Carlos Marx en la que rechaza de plano toda posibilidad de colaboración. Desde aquel momento (1845), el movimiento social avanzado que promete resolver la cuestión desde el poder estatal se aparta del asociacionismo libre, del gremialismo autónomo y del mutualismo.

Eminentes representantes del liberalismo clásico habían demostrado que la teoría del valor es a la economía como los números a la aritmética. David Ricardo, y luego una brillante pléyade de investigadores, habían demostrado que el valor estaba determinado, esencialmente, por el trabajo. Mas en el movimiento productivo se incorporan y se introducen fraudulentamente numerosos elementos que alteran las cifras. Esos elementos extraños que parasitan el trabajo son los imponderables y numerosos factores que el capitalismo moviliza en favor del interés, la renta y los beneficios.

Luego las universales leyes de la herencia y las no menos generales de la especulación, el monopolio y la productividad del dinero, agravan los efectos caóticos y agregan por arrastre graves "errores de cálculo"

(Proudhon) en la distribución de la riqueza. No obstante, la equivocación no podía eternizarse. Y en efecto, no hay ahora sector del pensamiento social que no esté sinceramente aplicado al esfuerzo universal por rectificar tales "errores contables" y corregir los vicios de origen y de formación en que anda incurso el valor en economía.

Pese a las grandes realizaciones y conquistas técnicas y materiales del actual sistema ahora unánimemente incriminado, es un hecho que la enorme mayoría de la población de la tierra puede dar testimonio de que algo anda mal en el mecanismo todopoderoso de las relaciones económicas. Reconforta sin embargo constatar que se realiza un sincero esfuerzo por salvar gruesos errores cometidos a lo largo de siglos del mecanismo capitalista extendido a los cinco continentes, y que existen ya posibilidades de ir superando el complejo problema.

Proudhon luchó toda su vida por demostrar que un sistema económico de reciprocidad contractual, mutualista y cooperativo, podría poner fin al desorden. Y es un hecho que sólo la *constitución del valor* a favor de un *régimen de relaciones* impregnado de ética cooperativa puede resolver la gravísima crisis que aqueja a la civilización.

Proudhon, en su histórica *Memoria* atrajo sobre sí rayos y fulminaciones al estampar en ella aquella escueta y beligerante definición de la propiedad con que el "padre de la anarquía" pasó a la historia del pensamiento social. Si la servidumbre o la esclavitud son la muerte de la persona humana, *la propiedad es el robo*, dijo. Y ya no se le dio tiempo de explicar a qué tipo de propiedad se refería.

Todo lector atento de sus trabajos comprende que en la enredada y apretada trama de nuestras relaciones económicas es la *categoría capitalista* de la propiedad la que él denuncia con fuerza. Aquella categoría que se forma con extracciones al trabajo, y sobre todo con exacciones al productor y al consumidor, que los principios socialistas y los del contrato cooperativo condenan.

Proudhon es uno de los primeros investigadores que capta la realidad de la fuerza organizadora del *contrato de reciprocidad* que el asociacionismo cooperativo y mutualista formula, y el único que desarrolla entonces las múltiples aplicaciones que ese instrumento iba a tener. Las actuales realizaciones del Movimiento y del Método Cooperativo son indicio seguro de que sus anticipaciones eran genuinas revelaciones de su afán investigador. "No hay nada que inventar", repetía, sólo hay que descubrir, observando atentamente las cosas y la realidad social.

Desde mediados del siglo pasado el asociacionismo cooperativo, inspiración profundamente libertaria del espíritu humano en permanente ascenso ético, formula con insólita y simplicísima precisión los términos de ese contrato. Owen, Fourier, Luis Blanc, Saint-Simón, Franz Oppenheimer, son los nombres de otros tantos precursores insignes de una estirpe y una tradición que la historia venera. Proudhon prolonga, enriquece la teoría y profundiza los fundamentos y la noble finalidad del contrato de ayuda mutua que desde 1820 busca en el mundo su expresión inconfundible y concreta.

"La humanidad, decía Saint-Simón, está destinada a pasar del régimen gubernamental o militar al régimen administrativo o industrial". Charles Gide y J. P. Warbasse o Bernard Lavergne llegan a la misma conclusión, al demostrar que hay un orden social que se va organizando por la acción voluntaria y libre de cooperadores conscientes que han



renunciado al poder y a la fuerza. Paul Lambert sostiene que "todos los servicios públicos deben ser cooperativizados", para que ese gran sector estatal pueda ser administrado como corresponde.

Ha sido partiendo de estas adquisiciones prácticas y de un conjunto de descubrimientos científicos referidos a la vida colectiva, que se llega a la conclusión de que la constitución del valor en economía no sólo es imposible sino que ni siquiera deseable dentro de las actuales normas regidas por la especulación y el lucro, ya que ello implicaría la paralización y la muerte del mecanismo desordenado de la acumulación de capitales.

Confirman esa conclusión la actual desarticulación del intercambio mundial y la intromisión avasallante del estatismo como recurso de largo alcance para poner un límite a las combinaciones monopolistas que dominan los mercados.

Los economistas liberales habían llegado a las fronteras mismas de una economía política que en buena parte rechazaba enérgicamente la intervención del Estado. Para ellos el orden económico, la "armonía de intereses" (Bastiat), el "juego de la oferta y la demanda", el "precio justo", etc., no podían sino resultar del respeto a ciertas misteriosas "leyes económicas" que no deben contrariarse.

Proudhon explora con pasión esas fronteras, y llega a conclusiones que ahora, a un siglo exacto de acelerado y fecundo desarrollo social e intelectual, el cooperativismo va concretando y traduciendo en una fórmula de relaciones que significa una verdadera revolución social pacífica en la estructura de la comunidad. Por primera vez en la historia del género humano se avizoran los términos de un mensaje de solidaridad y las frases intergiversables de una convención suscripta para poner en manos de los propios interesados un instrumento social sencillo, creación de siglos de tanteos infructuosos pero al fin fecundos, que ha de permitir acercar e integrar a productores y consumidores. La expansión y el perfeccionamiento del *contrato cooperativo*, equilibrará valores y procederá al arbitraje de las actuales inconciliables y tensas desarmonías económicas y sociales.

Si la estructura económica cooperativa procede, como lo realiza en parte ya, a la abolición del lucro, de los intereses usuarios y de los beneficios monopolistas; si devuelve al consumidor lo ahorrado en el giro comercial; si puede suprimir el salariado; si su tendencia organizadora y moralizadora se extiende al crédito, resorte fundamental del desarrollo económico y la emancipación social; si en fin, incorpora a sus funciones el crédito recíproco y gratuito como lo intentara Proudhon casi al mismo tiempo que Schultze-Delitzsch en Alemania, "situándose así en el origen de una de las formas de la cooperación" (Lambert: *Doctrina Cooperativa*, pág. 49), el objetivo fundamental que la economía social persigue en relación con la constitución del valor no estaría lejos de ser una realidad.

"Si la ley del intercambio no se encuentra —decía Proudhon— la culpa no es de los hechos sino de los sabios."

Los representantes del saber económico sostienen que no existe método alguno que permita poner orden en las relaciones económicas y que la regla que preside los cambios es la oferta y la demanda en plena libertad. Mas se sabe lo que significa esa facilidad para el zorro en el gallinero. Proudhon preguntaba si esa regla era la última palabra de la

ciencia, y sostenía que "la idea que se tiene formada de la medida del valor es inexacta; lo que buscamos no es el patrón del valor, como tantas veces se ha dicho sin fundamento, sino la ley según la cual los productos se proporcionan en la riqueza social: porque del conocimiento de esa ley depende, en cuanto tienen de moral y de legítima, el alza y la baja de las mercaderías."

El Método y el Movimiento Cooperativo, el *nuevo derecho* a que va dando origen y el conjunto de medios prácticos equitativos que sus principios engendran, preparan óptimas condiciones para la conciliación y el arbitraje de posiciones aparentemente antagónicas entre la producción y el consumo. Las normas siempre perfectibles y jamás impuestas de la cooperación, hacen que la acción directa y personal a que obligan los contratos libres promueva, sin apremios, como no lo ha podido lograr hasta hoy ninguna otra modalidad económica, el necesario equilibrio de intereses y de fuerzas que parecían inconciliables.

El descubrimiento de los principios cooperativos que informan ese contrato, no es fruto de cavilaciones o súbitas inspiraciones de algunos genios. Nace de un conjunto de necesidades y apremios que dejan en descubierto graves imperfecciones a lo largo de siglos de escandalosa miseria del pueblo. Proudhon en *Contradicciones Económicas* (1845) anunciaba que "hasta que los valores no estén constituidos por un método cualquiera de asociación no habrá justicia en el reparto". Eran aquellos años los precisos momentos en que dolorosas experiencias y el ingenio creador del pueblo formulan las condiciones en que debe desenvolverse la asociación cooperativa.

En realidad los cooperativistas estudiosos y algunos, muy pocos, hombres de ciencia que se han acercado al movimiento, apenas si han tenido tiempo para desarrollar las posibilidades del Método en relación con el grave problema que la inestabilidad de los valores ofrece. Lavergne, Lambert, Lasserre, Guelfat, Vienney, Gide, y antes que todos ellos Proudhon, trazan la línea general de una estructura social que apunta a suprimir el lucro, la explotación del trabajo y esas gigantescas concentraciones políticas de poder (Estados), que ponen valla infranqueable a la organización del trabajo en orden y libertad.



# Vigésimo primer aniversario de la liberación de París

Por Antonio Casanova

Como es natural, la liberación de París fue causa de regocijo general para los antifascistas de todo el mundo. La gran capital francesa, después de cuatro años de sufrimientos, humillaciones y miserias de toda índole, había quedado libre de los nazis, sus opresores, el 25 de agosto de 1944. Pero, contrariamente a lo que se cree, no es verdad que la ciudad de París se haya liberado a sí misma, a pesar del heroísmo, de la lucha ardiente y del entusiasmo manifestado por el pueblo en los combates callejeros, en las plazas y edificios públicos, entablados contra sus ocupantes. Tal milagro no podía ocurrir dado la cantidad de soldados y el fuerte material bélico que los alemanes tenían acumulado para su defensa, contra un pueblo sólo medio armado, y aun con armamento viejo, anticuado.

Con el desembarco angloamericano en Normandía, el rápido avance de las fuerzas aliadas por el norte de Francia, la alegría y el optimismo de la población subieron a un grado tal que toda la gente suponía que la liberación de París era cuestión de días solamente ya que los aliados dirigirían aceleradamente sus ejércitos hacia la capital. Tal era la creencia general, si bien que infundada, pues los aliados, por razones militares y estratégicas, y también humanas, habían decidido postergar la toma de París por unas semanas más, teniendo en cuenta que los alemanes, atacados en París, defenderíanse ferozmente, masacrarían a la población civil, destruirían las grandes fábricas y talleres y todo el París monumental saltaría por los aires. Y esto no era una simple presunción de los jefes militares aliados: era un vivo deseo de Hitler, cuyas órdenes en tal sentido ya habían sido impartidas a sus generales de la zona de París. La bella capital de Francia debía ser arrasada.

Por otra parte, interesaba fundamentalmente al mando aliado dirigir sus fuerzas hacia la línea Siegfried, romperla y establecer una cabeza de puente sobre el Rin antes de que llegase el invierno. Pero ocurrió que, como en muchos otros casos, lo real propone y lo imprevisible dispone.

Pese a las órdenes en contra, de que los parisienses no apresurasen la sublevación y esperasen unas semanas más

conforme al deseo del mismo Eisenhower, a fin de evitar una inútil hecatombe, la insurrección de París estalló, el 19 de agosto, a eso de las 9 de la mañana.

¿Qué había pasado? ¿Qué causa motivó el adelantamiento de la insurrección, contrario a los planes estratégicos del mando aliado y a las órdenes impartidas por el mismo de Gaulle desde Argel, donde se encontraba a la sazón?

Trataremos de explicarlo.

Ante todo, digamos en seguida que los parisienses estaban hartos cansados de la humillante y prolongada ocupación alemana. Todos los sufrimientos, las privaciones, la diversidad de infortunios que padecían se los imputaban, naturalmente, a los ocupantes, no a la guerra en sí. Mucho de verdad había en ello, pues los alemanes, desde el primer día de la ocupación, se dedicaron a transportar a Alemania todo cuanto podían. Cuando invadieron a Francia encontraron el país como una gran despensa llena, repleta, que muy pronto saquearon totalmente. Operaban como esos ejércitos de hormigas cuando invaden una huerta. Todo les venía bien, desde los víveres de boca y automotores hasta los artículos más inverosímiles. Si añadimos a esto el odio tradicional que el francés siente por la bota militar alemana, por el *boche*, comprenderemos sin mayor esfuerzo la vehemencia que embargaba a los parisienses, el vivo deseo que los poseía de liberarse cuanto antes de sus opresores. Ello constituía un buen caldo de cultivo, por decirlo así, el cual estaban prestas a explotar cada una de las dos principales fracciones en que se hallaba dividida la Resistencia: comunistas y degaullistas. Para mejor concretar, involucramos en un haz a las fuerzas adversas a los comunistas que operaban en el *maquis*, denominándolas *degaullistas*; pero en verdad el calificativo es un tanto inexacto, puesto que en esa época de Gaulle no tenía ninguna fuerza política organizada: era simplemente militar, o sea las F.F.I. (Fuerzas Francesas del Interior). Estas fuerzas, además de las degaullistas propiamente dichas, estaban integradas por los socialistas, por los radicalesocialistas y otros partidos minúsculos, como así también por gente sin partido alguno, cuyo jefe supremo era el

general de Gaulle. Las fuerzas comunistas de la resistencia las constituían los F.T.P. (Franc-Tireurs et Partisans).

No fue por un impulso ciudadano o patriótico que el Comité de la Resistencia, donde predominaban los comunistas, desencadenó anticipadamente la insurrección de París, como podría creer el no avisado, sino por el control del poder, por la conquista del Poder. Las intrigas políticas en el seno de la resistencia, el apetito de mando absoluto, fue lo que determinó, para alcanzarlo, esa sangrienta carrera entre los dos bandos rivales. Quien llegase primero, pensaban, se lo aferraría. Toda la maquinación comunista tendía a este objetivo, para ellos supremo; pero comprendían que si a París lo liberaba el ejército aliado sus planes se frustrarían irremisiblemente. De ahí su impaciencia por lanzar a las fuerzas de la resistencia a la insurrección. El tiempo apremiaba y había que ganarles de mano a las tropas angloamericanas que se aproximaban —según se suponía— y que apenas encontraban resistencia, salvo en algunos puntos, como en la península de Cherburgo y Saint-Ló...

Dado que los comunistas tenían mayoría en los comités de la resistencia, los degaullistas, temerosos de que aquéllos copasen el poder, trataban por todos los medios de aplazar la insurrección hasta que los aliados irrumpieran en las proximidades de la capital. Mas la situación no los favorecía. El estado de ánimo popular estaba maduro para la acción violenta y ésta tornábase a cada momento más incontenible, alentada e instigada por los comunistas cuyo extremo explotaban favorablemente a fin de alcanzar sus designios. En tal atmósfera, las reuniones de los comités de la resistencia volvíanse tempestuosas. Los comunistas acusaban a los degaullistas con los calificativos más duros e hirientes, incluso los amenazaban con denunciarlos ante el pueblo como traidores.

Especialmente en la región de París, la fuerza comunista era poderosa, mayoritaria. Ellos habían organizado los primeros grupos de la resistencia que, por cierto, desarrollaron una acción valerosa, audaz, digna de encomio; pero no al comienzo de la ocupación nazi, como podría creerse, sino mucho después, cuando Rusia entró en la gran conflagración, arrasada, según se sabe, por la invasión de su territorio. Al principio saboteaban todo esfuerzo de guerra e instigaban a la desertión. A muchos obreros comunistas se les podía oír, desconsoladamente, manifestarse de este modo: "Ya no sé más lo que creer. Rusia aliada con la Alemania nazi, de la que se nos decía y se nos

repetía hasta el cansancio que era el enemigo número uno de los trabajadores. Y ahora, aquí en Francia, los jefes del partido nos dicen que nos quedemos quietos, que con nosotros no es la cosa, que no opongamos ningún obstáculo a la acción de los ocupantes, a los nazis. Es terrible, increíble, y no obstante es verdad".

A partir del 21 de junio de 1941, fecha en que Rusia entra en la guerra, los comunistas dan un viraje de 180 grados. Por orden de Moseú organizan sus fuerzas, preparan los primeros cuadros de la resistencia (*maquis*) contra los alemanes y por doquier proclaman la necesidad de la lucha, de la acción de guerrillas. Dichos en la explotación de las grandes y hermosas frases, cuyo contenido detestan, afirman que hay que tomar parte en la pelea, puesto que esta guerra se hace por la libertad de los pueblos, por la liberación de la humanidad. De este modo consiguen la adhesión de las masas que sólo ven lo que está en el frente de la fachada, pero que, por lo general, jamás ven lo que se esconde detrás.

Así fue cómo las filas comunistas habían aumentado su poderío, cuyo apogeo se manifestó en agosto del 44. Ahora era necesario sacar de ello el mayor partido posible, dar la última batalla por la liberación, más exactamente, por la posesión de París, a fin de poner en práctica sus sueños de dominación, pues pensaban que asegurándose la cabeza dominarían el cuerpo de Francia.

El 13 de agosto una medida de los alemanes vino a favorecer sus planes contra los degaullistas que, como decimos antes, luchaban desesperadamente en el seno del comité nacional de la resistencia contra un precipitado llamamiento a la rebelión armada. El comandante en jefe de las fuerzas alemanas en París ordenó desarmar a la policía, medida que se ejecutó de inmediato, logrando fácilmente sus propósitos: apoderarse de millares de armas, dejando inermes a unos 20.000 policías que, en esos momentos, bien se advertía que estaban de parte de los *maquis*. La respuesta inmediata de la policía fue la declaración de huelga. Ni un solo agente se presentó a tomar servicio. Al mismo tiempo, los ferroviarios, los carteros, los telegrafistas, el subterráneo y casi la mayor parte de los trabajadores de las fábricas de los alrededores de París se hallaban en estado de huelga; unos por voluntad expresa y otros por la imposibilidad de concurrir a sus tareas, por carecer de medios de transporte. Era evidente que se tendía a la huelga general.

En tales circunstancias, los comunistas ven llegado su momento y, naturalmente,



deciden aprovecharlo. El Comité de Liberación de París, cuyo dominio poseían, resuelve el 18 de agosto iniciar rápidamente la insurrección armada; pero uno de los jefes de las F.F.I., guerrilleros degaullistas, advierte el plan y decide ganarles de mano, puesto que, prácticamente, ya resulta de todo punto imposible retardar el levantamiento general contra la voluntad de los comunistas. Yves Bayet, que tal es el nombre del mencionado jefe, ordena a sus grupos que operaban dentro de la policía que se presenten armados a la mañana siguiente y hora señalada en las inmediaciones de la Prefectura de Policía, a fin de tomar sorpresivamente esa importante fortaleza. La operación se lleva a cabo apenas sin tirar un tiro. Como los alemanes, los comunistas habían sido sorprendidos y la primera parte de su plan desbaratada por la acción audaz y rápida de sus rivales políticos: los degaullistas.

A partir de ese instante, la insurrección estalla por toda la ciudad. Por todos los barrios obreros veíanse hombres, mujeres y niños de ambos sexos entregados al trabajo de levantar barricadas. Las amas de casa arrojaban por las ventanas todo cuanto trasto y cacharro viejo encontraban, que iban a aumentar esa montaña de obstáculos que el pueblo oponía a las fuerzas nazis, en tanto que jóvenes damas y muchachos, armados de picos, se dedicaban a la tarea —¡y con qué entusiasmo y alegría lo hacían!— de arrancar adoquines que un enjambre de niños se los disputaban para transportarlos a la barricada, *pour notre barricade*, como gozosamente decían. Cuando el que esto escribe leía de jovencito la famosa obra *Los Miserables*, de Victor Hugo, le parecía que su Gavroche era sólo invención del autor. En el tercer decenio de agosto del 44, la realidad nos demostró que Victor Hugo no había inventado nada. Su Gavroche caracteriza cabalmente a los niños de París. Es un fiel retrato de ellos.

Muchas otras muchachas se las veía serruchando árboles, dale que dale a los tronzadores. El bulevar Belleville, que se extiende desde la calle del mismo nombre hasta la de Menilmontant, estaba poblado de viejas acacias, de las que un gran porcentaje fue a parar a las barricadas. Era de ver cómo la gente rivalizaba a quién hacerlas mejor y más eficaces contra el fuego enemigo. La muchedumbre aparecía eufórica. No era para menos. Largaba las amarras a las que había estado sujeta durante cuatro largos años de ocupación nazi. De mil maneras las gentes expresaban su gozo: se abrazaban, se besaban, bailaban... Cuando se viven tales acontecimientos, fuerza es admitir,

contra lo que generalmente se cree, que en las revoluciones políticosociales los instintos de los hombres se sublimizan, tienen la virtud de hacer aflorar, resaltar, los sentimientos más bellos de solidaridad y fraternidad universales. Son la primavera de la vida.

Además, otras razones había que determinaban esa desbordante alegría. Las multitudes no sólo luchaban por la expulsión de los alemanes sino también por un mundo mejor, por el advenimiento de la *quatrième République*, república que, en sus sueños de felicidad para todos, configuraba una sociedad de libres productores, sin amos, sin explotadores; bello ideal que no sólo creían en él y esperaban su realización las masas de trabajadores de las barriadas populares, sino también los estudiantes, los empleados y una parte muy importante de la clase media, ora porque creyesen tal hecho inevitable —dada la atmósfera revolucionaria que se respiraba entonces— ora porque simpatizasen con él. Si se quiere ver reflejada la opinión popular (o su estado de ánimo) en las elecciones generales de un país, puede observarse el hecho de que en las primeras celebradas para la asamblea constituyente, igual que en España en las de febrero de 1936, el triunfo de las izquierdas ha sido completamente amplio, aplastante. Y también como en España nueve años antes, las derechas se asustaron, hasta tal punto que muchas de las llamadas doscientas familias tomaron el camino de Suiza... Luego... aparecieron pronto los apaga incendios de las revoluciones. Las ideas esenciales de la *quatrième République* habían sido enterradas. Sucedió lo de siempre; el pueblo, en las revoluciones se entrega enteramente, pone en la acción sus incalculables energías, lo da todo: su sangre, su vida. Después, a la hora del disfrute de los beneficios, sólo se le otorga el derecho... de glorificar a sus muertos, como acertadamente decía Bakunin.

Pero a ese desborde de júbilo, a ese empeño casi sobrehumano con que París luchaba por liberarse de sus opresores nazis, la reacción de éstos no se hizo esperar. Repuestos de las primeras escaramuzas callejeras, de la sorpresiva toma de la Prefectura de Policía y de alguna que otra *mairie* (alcaldía, intendencia), los alemanes replicaron con un nutrido fuego de ametralladoras de campaña y metieron en acción los tanques pesados, con los que enfrentaban a las barricadas y a las posiciones conquistadas por las fuerzas de la resistencia algunas horas antes. Contra la Prefectura acudieron cuatro tanques. Sus primeros cañonazos destruyeron la pesada puerta principal,

tras de la cual, en el gran patio de esta fortaleza, se levantaba una barricada defendida por varios policías. Ante los tanques, el pánico se apoderó de ellos y sólo atinaron a correr, a refugiarse en cualquier parte. ¿Qué otra cosa podrían hacer, dado su viejo y anticuado armamento?

Los tanques eran atacados con bombas molotov desde los pisos altos. Cuando uno de estos artefactos acierta a entrar por la torre del tanque, queda inutilizado y sus ocupantes quemados vivos. Tal lo ocurrido a uno de ellos en las primeras embestidas.

Desde las ventanas, armados de carabinas y metralletas, los grupos de Yves Bayet sostenían un fuego graneado e intenso contra los atacantes. Mas era evidente que llevaban las de perder. La munición se les agotaba. Desde el mismo edificio, al caer de la tarde, alguien se comunicó por teléfono con el Consulado de Suecia. El mismo cónsul se puso al habla. Los asediados de la Prefectura explicábanle la desesperada situación en que se hallaban, les escaseaba la munición y sólo podrían mantener la posición por un tiempo cortísimo. En una palabra, le pedían que interviniese de algún modo, si ello era factible, en favor de ellos. Rápidamente, el cónsul corrió a entrevistarse con el comandante en jefe de las fuerzas alemanas de París, a fin de proponerle una tregua. Este, que muy cautelosamente se venía resistiendo a ejecutar las órdenes de Hitler respecto a la destrucción de la gran capital, aceptó complacido, y la tregua quedó concertada. Los comunistas se pusieron furiosos. Hablaban de traición de los degaullistas y en los carteles que fijaron por la ciudad se leía que el cese del fuego era sólo una tregua para asesinar a los trabajadores de París. De modo que el fuego continuó, aunque ni mucho menos con la intensidad del primer día, puesto que a los degaullistas les interesaba quedar fieles a la tregua.

Por otra parte, también los comunistas carecían de municiones y del armamento necesario para hacer frente con algunas probabilidades de éxito a los alemanes. Tanto es así, que por medio de un jefe de la Resistencia transmitieron un pedido de armas a Londres; y cuando ya los aviones estaban cargados de tan precioso material en esos momentos críticos, para dirigirse hacia el cielo de París, el general Koenig, jefe de la Resistencia francesa en Londres, impartió una contraorden. Pensó que una buena parte de dichas armas iría a parar a manos de los alemanes, otra a la de los comunistas y muy pocas a las de la F.F.I. que él diri-

gía con de Gaulle, amén de la terrible venganza que los nazis tomarían contra la población. A cada momento, la situación tornábase más grave para los insurrectos.

Entretanto, en Argel de Gaulle nada sabía del estallido de la insurrección en París. Mas, deseoso de regresar a Francia cuanto antes, solicitó y obtuvo de los aliados el correspondiente permiso para emprender el viaje. Fue en Cherburgo donde se enteró de los sucesos que se desarrollaban en París. Apremiado por las circunstancias, encarece al mando aliado el rápido envío de tropas a la capital. Pero Eisenhower no cree conveniente rectificar sus planes militares... En fin, después de otras entrevistas y muchas discusiones, Eisenhower y Bradley acceden. Y la División Blindada del general Leclerc púsose en marcha acelerada rumbo a París.

Esta división habíase formado en el África francesa, luego de haberla tomado los americanos. Toda ella estaba integrada de soldados veteranos, muchos de los cuales eran españoles que habían batallado duramente contra el nazifascismo durante los treinta y tres meses de la guerra de España. Refugiados en Argelia, yacían en campos de concentración vigilados severamente por los *miliciens vichinists*, especie de guardias de asalto de Petain. Al apoderarse de ese territorio los americanos, abolieron dichos campos, lanzando una proclama según órdenes de Roosevelt: *en América no hay campos de concentración*; y acto seguido todos los concentrados fueron libertados.

Cientos de ellos se alistaron en la naciente División. "Después de liberar a Francia iremos a España —les decía el general Leclerc—, a liberar también a vuestro país. Así borraremos la mancha que Francia se echó encima al permitir que Hitler y Mussolini destruyesen vuestra República, estableciendo en su lugar una cabeza de puente contra los países democráticos."

Con tales manifestaciones, ¿era sincero el general Leclerc? Varios de los compañeros con quienes hemos hablado (casi todos eran de la C.N.T.: Confederación Nacional del Trabajo), luego de la entrada de su división en París, nos afirmaron que sí, que, como ellos, Leclerc ardía en deseos de cruzar los Pirineos. El resto se sabe; la política... es la política.

#### ENTRADA TRIUNFAL DE LA DIVISION LECLERC EN PARIS

Desde Normandía, inmediatamente después del asentimiento de Eisenhower y



Bradley, la División Blindada Leclerc se dirigió hacia París a marchas forzadas. La voz de orden era: Aprisa, aprisa, más aprisa todavía... Luego de algunos combates en las cercanías de la capital, en los que los nazis se defendieron como fieras acorraladas, se vieron entrar por la Porta d'Italie, al sur de París, el 25 de agosto a la mañana, los primeros tanques de la vanguardia de la División Leclerc. Estos blindados ostentaban con grandes letras, tanto en la parte delantera como en sus flancos, los nombres gloriosos de Durruti, Ascaso, Zaragoza, Madrid, Belchite, Ebro... La buena nueva cundió por toda la ciudad con velocidad de rayo. El júbilo de la población era indescriptible. La multitud se volcó enteramente en las calles por donde avanzaban los tanques, hasta tal punto que los blindados apenas si podían caminar, pues la gente se amontonaba en el centro de la calzada y trepaba a ellos. Se presenciaban escenas extremadamente emotivas. Con botellas de champagne, abrazos, besos, y enternecidas lágrimas y flores, la muchedumbre obsequiaba a esos esforzados combatientes antifascistas. París agradecía a sus libertadores de haberlos librado de esa negra noche de la ocupación nazi, que duró cuatro largos años.

Mas la precipitada insurrección costó inútilmente a París varios centenares de muertos y miles de heridos, cuyo trágico saldo sólo se debe a las ansias de dominio total de los jefes del partido comunista. Ellos sabían muy bien, como cada quisque puede darse cuenta de ello, que una ciudad sometida, aherrojada bajo el imperio de un potente ejército, bien pertrechado de armamento moderno y abundante, todo intento de rebelión armada resultaba un suicidio colectivo. Y en el caso que nos ocupa, sólo con la participación activa de las fuerzas angloamericanas el éxito podría ser seguro, como en efecto así sucedió. Repetimos, los comunistas lo sabían, pero creían que los americanos avanzaban ya sobre París aceleradamente. Y sin la menor idea de los planes estratégicos de los aliados, que, como hemos dicho, consistían en cruzar la línea Siegfried antes de la llegada del invierno, presionaron ante los comités de la resistencia y adelantaron la insurrección con el único objeto de aferrar el poder.

De no haber intervenido de Gaulle y Leclerc ante el mando aliado, al cual consiguieron persuadir de que reconsiderase sus planes estratégicos, la sublevación de París hubiera sido un desastre, una verdadera matanza.

## PANORAMAS

Revista bimestral

Número 16 - Año III

Julio-Agosto de 1965

### CONTENIDO

HIPOCRESIA Y DISCRIMINACION RACIALES EN AMERICA LATINA.

¿QUIEN IMPONDRA LA DEMOCRACIA?, por Sacha Volman.

LA JUVENTUD AISLADA, por V. Blanc.

LA NUEVA GENERACION ESPANOLA, por José R. Marra-López.

LA PLANIFICACION DEL DESARROLLO, por John K. Galbraith.

LOS GOBERNANTES, EDUCADORES DE PUEBLOS, por Julio Larrea.

JUICIO A UN "PARASITO MILITANTE".

AGUJA DE MAREAR: Los complejos de los pequeños países - La izquierda nacional rioplatense - Homo sapiens - A contrapelo - Fichas - Historiografía de la guerra civil española - Notas de lectura.

UN MANUAL DE EDUCACION CIVICA: El frentismo.

Director: Víctor Alba

Suscripción anual en América y España: 2 dólares  
Suscripción anual fuera de América: 3 dólares

CENTRO DE ESTUDIOS Y DOCUMENTACION SOCIALES, A. C.

Apartado 5-468, México 5, D. F., México

## La letra viva

"George Cheitanov, Pages d'Histoire du Mouvement Libertaire Bulgare", por Gr. Balkanski. Ediciones "Notre Route", París 1965. 272 páginas.

"Nuestra Ruta" presenta su segundo libro de historia del movimiento libertario búlgaro, tan digno de atención, estudio y admiración. El primero fue consagrado a Nicolás Stoinov: libertario pacífico, educador y objetor de conciencia; éste a Cheitanov, libertario también pero radicalmente diferente, no por eso menos próximo de aquel.

El autor ha podido elaborar su libro gracias al aporte colectivo de compañeros previsores que salvaron de la destrucción documentos preciosos, haciéndolos salir clandestinamente de Bulgaria.

Balkanski, amigo de Cheitanov y contemporáneo de los hombres y de los acontecimientos a que se refiere, se ha esforzado para reunir y documentar sus recuerdos, consiguiendo presentar el cuadro conmovedor de la rica variedad, el espléndido entusiasmo, las peripecias múltiples de la vida y de la práctica revolucionaria del movimiento libertario búlgaro.

Este libro centra la atención sobre Georges Cheitanov, militante de excepcional actuación, que tiene la ventaja, en tanto que figura representativa, de haber militado intensamente, de haber sido no sólo un revolucionario audaz y consagrado plenamente a los demás, sino también un hombre de acción particularmente dotado, un pensador, un escritor, un propagandista íntegro e infatigable.

Si G. Cheitanov no hubiera sido asesinado tan joven, habría dado un aporte inestimable al enriquecimiento de la doctrina libertaria, tanto en el plano nacional como a escala mundial. Con la muerte prematura de este hombre, el movimiento libertario y el país donde nació sufrieron una grandísima e irreparable pérdida.

El libro se divide en tres partes: la primera, está dedicada a la vida de Cheitanov, riquísima en aventuras y emociones; la segunda, presenta el hombre y el militante, en base a recuerdos y testimonios que completan su retrato físico y moral; y en la tercera, se encuentra su pensamiento y algunos de sus escritos.

"Nuestra Ruta", al ofrecer esta importante obra, pulcramente editada y

enriquecida además por 32 ilustraciones fuera de texto, hace un aporte inestimable a la Historia social de nuestro tiempo. Así contribuye a preservar ricos materiales de la destrucción que el tiránico régimen imperante en Bulgaria viene efectuando sistemáticamente, para falsificar más cómodamente la historia escrita, de acuerdo al interés circunstancial de la dictadura bolchevique.

P. H.

"Muerte en el Paraíso", novela sobre Cuba.

Alberto Baeza Flores, periodista nacido en Chile, pero que ha vivido en Cuba la mayor parte de su vida, ha publicado una novela con el título que encabeza estas líneas.

La novela de Baeza es una buena novela, una gran novela.

De estilo ágil, matizado de metáforas líricas, la lectura se hace sin esfuerzo, a pesar de la violencia de los episodios.

Por esas páginas desfilan de manera impresionista los sucesos posteriores al 1º de enero de 1959, en la isla de Cuba, a la que ya veía, a fines del siglo pasado, el grandilocuente orador Rafael Montero: "con sus incomparables bellezas al lado de las densas sombras de sus incomparables infortunios".

El novelista casi ha agotado el tema. Recorre la gama de los sucesos y va relatando de modo minucioso las reacciones de los que, entusiasmados con el "fidelismo" de la primera hora, se han llamado después a engaño.

El comienzo de las persecuciones contra tirios y troyanos, las prisiones, los juicios, las torturas, los fusilamientos, todo el aparato de terror montado, no para sancionar sino para impresionar a los que quedan vivos; esa sensación de angustia de la criatura humana inerme, indefensa, están reflejados en la novela de Baeza con una exactitud, una plasticidad, un realismo tan vívido, que sólo un conocedor profundo del ambiente y de los personajes podía haber logrado.

Sobre los personajes predomina el ambiente. Los entes humanos, a través de la obra, parecen, como diría Lin Yutang, "hojas en la tormenta". Seres sin fuerzas ni voluntad, se ven levantados por las ráfagas del huracán y movidos en el remolino de los acontecimientos, cayendo aquí y levantándose allá para volver a caer más lejos, siempre arrastrados, humillados, vencidos.



En ese torbellino de sucesos desconcertantes, las figuras de mujer aparecen al fondo, apenas esbozadas, enmarcadas en una atmósfera oscura, frágiles, débiles, de contornos borrosos, indefinidos.

El novelista recoge esas criaturas superficiales, que reflejan las de algunos ambientes, pero que no concuerdan con la generalidad de la mujer cubana. Y aquí permitamos al lector una digresión.

Sensuales, pero apasionadas, las mujeres cubanas, en su gran mayoría, siguen a sus compañeros, como la mayoría de las mujeres de todos los pueblos, más en la desgracia que en la fortuna; y el ejemplo está a la vista aquí, en los Estados Unidos, a donde muchas de ellas han venido solas, precediendo al marido, y han trabajado y se han sacrificado para reunirse de nuevo con él. La leyenda difundida por el castrismo, de que al exilio lo que ha venido es un hato de prostitutas, es una falsedad inicua, una ignominia más con lo cual se quiere sorprender la buena fe de los que desconocen la verdad.

Mujeres de todas las procedencias han arribado en este éxodo masivo a las playas norteafricanas. En los establecimientos de comercio, en las oficinas, en las fábricas, en dondequiera que trabajan, las cubanas se han hecho respetar por su conducta.

Hace poco más de un año, en un lugar de Miami Beach, se organizó la recluta de jóvenes, a las que se ofrecía trabajo sin especificar de qué se trataba. Va-

rias decenas de jóvenes cubanas fueron a presentarse. Al llegar allí se tropezaron con una buscadora de "acompañantes para hombres", a tanto la hora. También acudieron atraídas por el anuncio jovencitas norteamericanas. Alguien denunció el asunto, y un juez intervino en la cuestión, citando a todas las muchachas que habían aspirado a plazas y cuyos nombres se habían encontrado en la "oficina". Entre las que habían aceptado el "trabajo" no se encontró ni una sola de las cubanas, y el juez las felicitó por el ejemplo que habían dado.

Esta digresión nos ha apartado de la novela; pero hace tiempo en alguna prensa que se debe a la verdad hemos leído las mismas sandeces, y deseábamos puntualizar el asunto. Aquí hay de todo, pero la moral promedio es bastante elevada, a tal extremo que en las estadísticas de criminalidad publicadas a fin de año, dieron los cubanos el nivel más bajo en delincuencia de todos los grupos que componen la población de Miami.

Digamos finalmente, que la novela de Baeza es recomendable sin reservas para cuantos se interesan por el ambiente, las ideas y el desarrollo de los acontecimientos en Cuba.

"Muerte en el Paraíso" es un documento de valor inapreciable para comprender el caso cubano.

Miami, 10 de julio de 1965.

*Justo Muriel*

## Martín Buber y Albert Schweitzer

Nuestro mundo agitado por conflictos, aquejado por tremendas injusticias sociales, desangrado en guerras de predominio, sometido a los efectos de la exacerbación del poder, envilecido por la pasión del lucro y la riqueza, nuestro mundo que parece ser conducido quién sabe a qué desenlace catastrófico, tiene sus mejores reservas morales en ciertas figuras extraordinarias cuyos ideales y cuya conducta irradian el ejemplo y el estímulo que sólo brotan de vidas consagradas a un auténtico apostolado.

Cuando alguna de esas cumbres caen abatidas por la muerte, toda la humanidad —sin distinciones de credos ni de fronteras— tiene la sensación de un derrumbamiento de algo vital para sus esperanzas y siente el dolor de una pérdida insustituible. Forjadores del pensamiento humanístico, pioneros de la confraternidad, apaciguadores del dolor, reivindicadores de cuanto puede embellecer la existencia, ajenos a la soberbia de los poderosos y a la mezquindad de los usufructuarios del privilegio, desde sus reductos de estudio o desde el campo en que despliegan su magnífica obra, han sido verdaderos guías del espíritu. Si, como el filósofo Martín Buber y el médico-apóstol Albert Schweitzer, llegan a cubrir distancias hasta alcanzar gloriosa ancianidad, el lugar en que viven, trabajan y luchan se convierte en meca universal de los buscadores de verdad y de luz. Sus creaciones han ido construyendo y esculpiendo monumentos vivientes que ni el tiempo ni la muerte podrán ya destruir. Al cortarse su vida, el torrente de su sabiduría y de su amor a la criatura humana detiene su marcha. Queda, sin embargo, para cuantos quieran seguir abriendo surcos para que germine la siembra de los grandes desaparecidos, el caudal inmenso de sus ideas, de sus inquietudes, de sus obras, como fuente eterna de las más nobles enseñanzas.

Acaba de aparecer EUGEN RELGIS:

**GEORG Fr. NICOLAI — un sabio y un hombre del porvenir - 1874 - 1964**

**SEGUNDA EDICION REVISADA Y AMPLIADA CON VARIOS CAPITULOS, TESTIMONIOS Y UNA EXTENSA BIBLIOGRAFIA**

Un hombre que ha dedicado toda su vida a luchar por la paz y la libertad de los pueblos —Eugen Relgis— se ha creído en el deber moral de rendir homenaje póstumo a otro hombre alentado por los mismos ideales —el profesor Georg Fr. Nicolai, fallecido el 8 de octubre de 1964, nonagenario, en Santiago de Chile. Además de su inmenso aporte científico, Nicolai ha dado a las generaciones europeas y, luego, a las americanas, el más alto ejemplo de dignidad e independencia de espíritu.

Y nada mejor para ello que divulgar las ideas fundamentales del sabio y del hombre, en una síntesis que permita su conocimiento y estimule a profundizar los conceptos y a participar más activamente en la lucha por la realización de tales ideas. El propósito está logrado y el lector advertirá a través de las páginas de este libro la vibrante emoción y la dinámica fuerza que impulsa a los espíritus esclarecidos a no someterse a las situaciones adversas y a las amenazas del totalitarismo, manteniendo la firme determinación de aunar esfuerzos y marchar adelante, hacia una sociedad más libre y más justa.

**Pedidos a**

**EDITORIAL RECONSTRUIR - Casilla de Correo 320 - Bs. As.**

Edición reservada a los suscriptores

\$ 150.— el ejemplar



# Publicaciones recibidas

## Periódicos:

- RUTA. (Nº 2. Marzo de 1965. Nueva Serie). Organismo de la F.I.J.L. Bruselas. Bélgica.
- LA PROTESTA. (Agosto de 1965). Publicación anarquista. Buenos Aires.
- LA VANGUARDIA. (Mayo de 1965). Vocero del Partido Socialista Democrático. Buenos Aires.
- LE MONDE LIBERTAIRE. (Nº 111. Abril de 1965). Organismo de la Federación Anarquista. París. Francia.
- LA CIUDAD. (Abril de 1965). Periódico quincenal. Landá. Provincia de Buenos Aires.
- FREEDOM. (Nº 9. Vol. 26. Marzo de 1965). Semanario anarquista. Londres. Inglaterra.
- MUNDO ISRAELITA. (Mayo de 1965). La actualidad semanal en Israel y en el mundo judío. Buenos Aires.
- L'AGITAZIONE DEL SUD. (No 3. Año IX. Marzo de 1965). Periódico mensual de los anarquistas de Sicilia. Palermo. Italia.
- RENOVACION DEL LITORAL. (Mayo de 1965). Diario regional de la mañana. San Pedro. Provincia de Buenos Aires.
- UMANITA NOVA. (Nº 15. Año XVI. Abril de 1965). Publicación semanal iniciada como diario por Enrique Malatesta en 1929. Roma. Italia.
- DIRECT ACTION. (Nº 4. Vol. 6). Publicación mensual sindicalista. Londres. Inglaterra.
- LA FIERA LETTERARIA. Nº 10. Marzo de 1965). Semanario de letras, arte y ciencias. Roma. Italia.
- LE COMBAT SINDICALISTE. (Nº 345. Abril de 1965). Organismo oficial de la Confederación Nacional del Trabajo. París. Francia.
- L'ADUNATA DEI REFRATTARI. (Nº 8. Abril de 1965). Publicación anarquista en italiano. Nueva York. U.S.A.
- ALCOR. (Nº 34. Enero-Febrero de 1965). Arte y literatura. Asunción. Paraguay.
- REGENERACION. (Nº 87. Enero-Febrero de 1965). Organismo de la Federación Anarquista Mexicana. México. D.F.
- LA PALABRA. (Mayo de 1965). Periódico regional noticioso e independiente. San Pedro. Provincia de Buenos Aires.
- VOLUNTAD. (Nº 98). Publicación anarquista. Montevideo. Uruguay.
- ACTION LIBERTAIRE. (Nº 5. Marzo de 1965). Organismo de la Sección Francesa de la Federación Internacional de Juventudes Libertarias. París. Francia.
- EL REBELDE. (Nº 28. Marzo de 1965). Boletín interior de la regional Andalucía-Extremadura. Tolouse. Francia.
- THE WORD. (Nº 12. Vol. XXV. Abril-Mayo de 1965). Organismo del movimiento socialista. Glasgow. Inglaterra.
- TIERRA Y LIBERTAD. Nº 262). Febrero de 1965). Publicación mensual libertaria. México. D.F.
- GACETILLA AUSTRAL (Nº 22. Abril de 1965). Publicación bimestral. Montevideo. Uruguay.
- EL OBRERO FERROVIARIO. (Nº 795. Abril-Mayo de 1965). Publicación mensual. Organismo de la Unión Ferroviaria. Buenos Aires.
- EL CHUCARO. (Nº 5. Mayo de 1965). Periódico literario y cultural. Paysandú. Uruguay.

- LA BATALLA. Nº 149. Marzo de 1965). Organismo del Partido Obrero de Unificación Marxista de España. París. Francia.
- SEME ANARCHICO. (Nº 4. Año XV. Abril de 1965). Organismo de la Federación Anarquista Italiana. Turín. Italia.
- ORGANIZACION OBRERA. (Nº 1. Año I. Nueva época). Organismo de la Federación Obrera Regional Argentina del 5º Congreso. Buenos Aires.
- NOTRE ROUTE. (Marzo de 1965). Publicación libertaria búlgara. París. Francia.

## Revistas:

- SOLIDARIDAD. (Nº 277. Mayo de 1965). Organismo de la Federación Obrera Regional Uruguaya. Montevideo. Uruguay.
- REVISTA IBEROAMERICANA. (Nº 58. Vol. XXX). Organismo del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. México. D.F.
- ATENEOS. (Nº 40. Enero de 1965). Revista de arte, literatura, comentarios. Landá. Provincia de Buenos Aires.
- BRAND. (Nº 1. Vol. 68. 1965). Publicación anarquista. Goteborg. Suecia.
- ASOMANTE. (Nº 1. Vol. XXI. Enero-Marzo de 1965). Revista trimestral editada por la Asociación de Graduados de la Universidad. San Juan. Puerto Rico.
- THE JOURNAL OF POLITICS. (Nº 1. Vol. 27. Febrero de 1965).
- UMBRAL. (Nº 39. Mayo de 1965). Revista mensual de arte, letras y estudios sociales. París. Francia.

## Folleto y Boletines

- NERVIO. (Nº 2. Enero de 1965). Publicación libertaria interna. París. Francia.
- LAICISMO. (Nº 1. Enero-Febrero de 1965). Organismo de la Liga Argentina de Cultura Laica. Buenos Aires.
- IL CREATO. (Enero de 1965). Editado por "Anarchismo". Turín. Italia.
- DIALOGOS DE ARISPE Y GERMAN. Por Isaac Halegua. Montevideo. Uruguay.
- PROFILS POETIQUES DES PAYS LATINS. Publicación trimestral. Nice. Francia.
- LE MUTAZIONE. Por Doménico Pastorello. Fos Sur Mer. Francia.
- PANORAMICA POETICA LUSO-HISPANICA. Colección antológica de poetas de lengua portuguesa y española. "Com as rosas ao peito", de Alfonso Villagómez; "Noticia de Amerindia", de Luis Ricardo Furlan; "Silencios de Esfinge", de Antonio Felipe Neiva; "Evo-cación", de Armando López Muñoz.

## BASES revista en castellano

En los próximos números: El socialismo y las ciencias sociales - Z. Goldberg. La burocracia moderna - Prof. S. N. Eisenstad. N.E.P. - Nueva versión. Sociedad Obrera - Arié Bern, I. Bitman.

Suscripción (cubre gastos de envío únicamente): Cuatro envíos: 1 dólar USA (correo de superficie); 3 dólares USA (correo aéreo)

BASES - P. O. B. 3214 - Tel Aviv - Israel

## Ediciones RECONSTRUIR

### « colección "RADAR" »

- 1 La voluntad de poder como factor histórico, por Rudolf Rocker. (Agotado).
- 2 Reivindicación de la libertad, por G. Ernestan. 68 páginas. m\$ñ. 20.— el ej.
- 3 Ni víctimas ni verdugos, por Albert Camus. (Segunda edición ampliada). 100 páginas. m\$ñ. 30.— el ej.
- 4 Antes y después de Caseros, por Luis Franco. (Agotado)
- 5 Origen del socialismo moderno, por Horacio E. Roqué. 68 páginas. m\$ñ. 20.— el ej.
- 6 El cooperativismo puede evitar la guerra, por James P. Warbasse. 68 páginas. m\$ñ. 20.— el ej.
- 7 Capitalismo, democracia y socialismo libertario, por Agustín Souchy. 68 páginas. m\$ñ. 20.— el ej.
- 8 Arte, poesía, anarquismo, por Herbert Read. (Segunda edición). 100 páginas. m\$ñ. 40.— el ej.
- 9 Alejandro Korn, filósofo de la libertad, por Francisco Romero. 68 páginas. m\$ñ. 20.— el ej.
- 10 Biografía sacra, por Luis Franco. 68 páginas. m\$ñ. 20.— el ej.
- 11 La solución federalista en la crisis histórica argentina, por Juan Lazarte. 68 páginas. m\$ñ. 20.— el ej.
- 12 La Revolución popular húngara, por autores varios. 100 páginas. m\$ñ. 20.— el ej.
- 13 Albores de libertad, por Eugen Relgis. 100 páginas. m\$ñ. 25.— el ej.
- 14 Bolcheviquismo y anarquismo, por Rudolf Rocker. 84 páginas. m\$ñ. 20.— el ej.
- 15 La contrarrevolución estatista y Socialismo y humanismo, por G. Ernestan. 84 páginas. m\$ñ. 25.— el ej.
- 16 Testimonios sobre la revolución cubana, por Agustín Souchy. 68 páginas. m\$ñ. 20.— el ej.
- 17 España en la ruta de la libertad, por Manuel Villar. 100 páginas. m\$ñ. 40.— el ej.
- 18 Revolución y dictadura en Cuba, por Abelardo Iglesias. 100 páginas. m\$ñ. 50.— el ej.



FRANQUEO PAGADO  
Concesión N° 3208

TARIFA REDUCIDA  
Concesión N° 275

CORREO  
ARGENTINO  
Sucursal N° 20

precio del  
ejemplar:  
m\$n. 50. —